



EL
CARDO
DE
BRONCE

CUADERNOS LITERARIOS DEL GRUPO "JARAIZ"

TOMIELLOSO



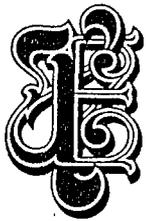
EL CARDO DE BRONCE

Nº. V

Cuadernos de Poesía y Pensamiento del Grupo Artístico y Literario "Jaraíz" al cuidado de Valentín Arteaga, Leopoldo Lozano, María del Pilar Morales y Tomás Casero.

Año III, Número X, Verano 1987. Depósito Legal. Ciudad Real, 832/85. Dirección, Redacción y Administración, C/. Veracruz, 24, 2º. 13700 TOMELLOSO.- (Ciudad Real)

presentación



scribe el novelista Carlo Levi que la tragedia del mundo moderno es la pérdida del hogar. Acaso sea escalofriantemente cierta esta afirmación, esta desesperanza cada día más evidente. Y, sin embargo, nos queda la palabra, como proclamara, igual que se pone en par un evangelio, aquel otro. Y la palabra, ya se sabe, tiene mucho de hallazgo permanente con las raíces personales del ser, y la mesa encendida del corazón. Por acá, pese a todo, somos muy pertinaces y hogareños, nos sabe a tierra viva el pan casero, y, huelen las muchachas a candeal, porque cada verano trasluce más el horizonte, hojalá pudieramos ponerles, por los siglos de los siglos, un cardo de bronce entre las manos para que madruguen más las amapolas.

Desde la ría de Puget Sound y el lago Washington, comiendo queso y vino manchegos, comprados en el barrio, Angel Crespo y Pilar Gómez Bedate nos escriben diciéndonos que siguen trabajando inspirados por los recuerdos de quién y dónde son, nostálgicos como siempre de lo nuestro, de lo suyo. Es, ahora mismo, la Mancha, esta tierra abierta y disidente sobre el calor ancho del estío redondo, una inmensa patria general en la que no queremos perder el hogar ni la palabra. Vamos a ver, Angel, si como deseas, esta revista sigue publicándose por los siglos y de los siglos, y vienen los paisanos a calentarse los dedos de las manos en la lumbre extática y definitiva de la cardencha en flor de Juan Alcaide, con el que comenzó la cosa. Algo de esto nos desea decir Félix Grande cuando nos grita que "ejercer el poema es una forma de estar arrebujado en nuestra especie". Cómo nos emociona a los de "Jaraíz", en Tomelloso, echarnos a la espalda los caminos de la llanura, sus majanos y su vocabulario, para tratar de conseguir que los poetas tengan cabida en el corro del zurra y el entretenimiento del espíritu. Porque sin espíritu no hay casa, ni taburetes, ni un poyo blanco de cal donde descansar el vaso de la alegría. Persistimos, claro, en nuestro propósito. Y los cardos continúan subrayando los renglones de la canícula. Hay que estar, Rafael Alfaro, cómo no, permanentemente retornando al país de las viñas con la indefinible ilusión de que los trenes de Eladio crucen por Río Zancara trayéndonos a la memoria el sentimiento y el azulero de la casa. Anhelamos la poesía como casa común, abiertos sus porches y sus corrales grandes a la querencia que el paisaje comunica, en esta estación del año en la que los seres tranquilos, modestos y luminosos se dijera que están más encontrados, y la Mancha es mucho más acogedora, porque vuelven más clarificados los recuerdos.

Como humorizaba por acá, Juan Alcaide: "Humoricemos, ay, a nuestro modo. Intentemos ridiculizarnos un poquillo. Paseemos a nuestra Dulcinea -la eterna Poesía- sobre esa larga carcajada...

bacheada de llanto verdadero". Renglones antes, a la hora, ya soleándose y alta, del alba, solo, en Puerto Lápice, de camino siempre a sí mismo, con la lívida seriedad de la carencia del afecto que niega el paisanaje a lo lírico por estos rodales, había escrito este soneto estival:

Se deslacraba el sol. La luz crecía.
Botaba en el corral, de muro a muro.
Por fuera del corral, vuelta en llanuro
la llanura de Dios se enmanchecía.

Paisaje todo macho. Alferecía
de un cielo sin piedad, lívido y puro.
De más que de locura, de locuro.
De dió -de diamante- y no de día.

Don Quijote salió. ¡Risible sota!
Con la flor de lo místico en un ápice
de ridículo gesto en su locura.

Don Quijote salió, de bote en bota.
Bebió su soledad por Puerto Lápice.
Soñó su borrachera en hermosura...

No se nos diga que no tienen "recochura" esta estrofa del gran poeta manchego. Vayan, en la portada de nuestro Cardo diez, franqueándonos la salida de nuevo hacia adentro, en busca de la intimidad en cueros vivos de la flor de lo místico, de la soledad y de la borrachera infinita de la hermosura, en este campo masculino y sediento, sin embargo.

Seanos, hermanos, este Cardo diez, por fin ya, casi adolescentes, niños que mancheguisimamente crecen, comida y comunión, pues esto de juntarse para romper el pan en los diez trozos mágicos de la mano, es emparentar con el misterio y palpar el alma de las raíces. En el Grupo Artístico y Literario "Jaraíz", como rezaba Cabañero,

"La casa está sin ruidos.
Sentados resollamos y esperamos. Afuera
rueda el sol su dura cáscara de oro, gasta
sus fraguas por el mundo.
Dentro tenemos brasa de romeros,
una bombilla pobre peleando en las sombras,
subiendo cuestas..."

Estamos reunidos. Nadie bese, ni cante,
ni suspire, si no cree en Dios.
Baje la luz de parte nuestra, nazca
para nosotros la esperanza, dure
el tiempo, más sabio que los sabios,
y amanezca."

Si amanece siempre que el pájaro de una palabra poética nos revuela por la bóveda del cielo interior, nosotros deseamos, en el verano resplandeciente y volado de esta tierra, que no cese nunca la palabra. Con ella y por ella no estamos desasistidos, y jamás experimentaremos la tragedia de la pérdida del hogar. Nuestra casa es la poesía. Queremos que en ella quepan todos, los de antes y los de ahora, los foráneos y los de acá, cuantos van peregrinando

por la vida en busca del más, de esa crujiente hogaza de esperanza que no cesa y siempre atiende, nos aguarda con el dintel del beso prevenido, con las columnas del patio temblándole en la sangre.



sumario

TRADUCCIONES DE POEMAS DE:

Apollinaire, por Antonio F. Molina.

Paul Verlaine, por Pascual-Antonio Beño.

Maurice Maeterlinck, por Pascual-Antonio Beño.

ESTUDIOS:

"Tomelloso en el siglo XVIII visto por un poeta", por J. Torres Grueso.

POEMAS DE:

Valentín Arteaga, Joaquín Brotóns, Juana Castro, Angel Crespo, Narcisa Espinosa, Antonio González-Guerrero, Nicolás del Hierro, María Pilar de Ibarra, Cayetano Iranzu, Alejandro López Andrada, Antonio Matea, Araceli Olmedo, Enrique Pellicer, José Repiso Moyano, Ada Soriano, Francisco Toledano, Sagrario Torres, Josefina Verde, Carlos Vitale, José Luis Zerón,

"VASAR Y EMPOTRO DE JARAIZ"

"Domingo F. Faílde o la "Patente de Corso" para la poesía", por Valentín Arteaga.

"La herida inacabable: (de Araceli Olmedo) o la vivencia del amor", por Antonio Cruz Casado

Siete libros alineados en nuestro vasar, de:

Manuel Naranjo, Angel Guinda, José Kozar, Juan José Téllez, Ana María Navales, Domingo F. Faílde, Antonio Greggio.

traducciones
de poemas —

APOLLINAIRE ENTRE LOS MUROS DE LA SANTE

En 1911 Apollinaire se vió mezclado en un desagradable asunto. Un singular personaje, Géry Pieret, su secretario ocasional, robó en el Louvre un busto hispánico y lo escondió en su casa. Poco después, el 28 de agosto, los periódicos de París publicaban la sensacional noticia de que la Gioconda había desaparecido del Louvre. Y con este motivo salieron a relucir otros robos recientes. Asustado el poeta porque entonces descubre la procedencia del busto que Géry Pieret guarda en su casa, le encarga al *Paris-Journal* de su restitución.

Pasados unos días, el 7 de septiembre, el poeta era detenido y encarcelado entre los muros de la Santé como sujeto peligroso.

La detención se basaba en muy lejanas motivaciones y sospechas. Desde hacía tiempo el poeta había trabado relación con pintorescos personajes de una honorabilidad dudosa. Uno era Géry y, ahora, el hecho de que en ocasiones lo hubiera utilizado de secretario y dado cobijo y comida en su casa, le iba a costar un alto precio. A este personaje la policía le seguía los pasos como sospechoso de robos en el Louvre. Investigando en sus relaciones dieron con el nombre de Apollinaire y, con la peculiar lógica que se usa en ocasiones cuando de temas relacionados con el arte se trata, dedujeron que como jefe y defensor de teorías iconoclastas respecto al entendimiento convencional del arte, el poeta era un revolucionario y cabeza de una banda dedicada a robar obras maestras en los museos... No tardó en aparecer el cuadro, de descubrirse el error y Apollinaire recobró la libertad.

La humillación de este hecho se vió agravada por el comportamiento de algunos colegas. André Billy cuenta: "Una mañana le detuvieron y durante unos días el mundo entero creyó ver en él al hombre que había robado la Gioconda. Los amigos nos movilizamos inmediatamente en su auxilio. Dupy, André Tudesq y yo, redactamos una protesta y nos pusimos a recoger firmas. Todavía oigo a Tudesq telefonear a Frantz Jourdain, presidente del Salón de Otoño: ¡Como! -respondió aquel hombre eminente- ¡Mi firma para que suelten a Apollinaire? Nunca jamás ¡Para hacerle colgar todo lo que ustedes quieran! Yo me juré entonces que esa frase no se perdería.

Como en las demás experiencias vitales que afectaron intensamente su sensibilidad, el hombre extraordinariamente receptivo y creador que era Apollinaire sacó partido para su obra literaria -hay rastros de esta aventura en sus relatos y novelas-, especialmente para su poesía. En esa ocasión escribió una serie de poemas con un tono de romanticismo permanente, en línea paralela a *Sagesse* de Verlaine y de las *Baladas* de Villón, impregnados de la melancólica aceptación del destino.

(traducción y nota, por Antonio F. Molina)

EN LA SANTE

I

Antes de entrar en prisión
Debieron haberme desnudado
Ulula siniestra voz
Guillermo que te ha pasado

Cual Lázaro hacia la tumba
En vez de ella salir
Adios adios la ronda rumba
Mis bellos años veo partir

II

Mi persona está aquí
y es esclava
Soy el número quince y
De la onceava
Los rayos del sol tersos
Las cristalerías
Cruzan y hacen en mis versos
Pajarerías
Y bailan sobre el papel
Escucho
Alguien el techo con el
Pie golpea mucho

III

En una fosa como un oso
El amanecer me apena
Vueltas y vueltas sin reposo
El cielo azul como cadena
En una fosa como un oso
El amanecer me apena

En la celda que hay al lado
Oigo el rumor de una fuente
Cual manojos que tintinea
De llaves si el guarda pasea
En la celda que hay al lado
Oigo el rumor de una fuente

IV

Me aburro entre muros desnudos
 Pintados de tonos pálidos
 En el papel la mosca pasos menudos
 Recorren trazos escuálidos

Qué será de mí conoces mi dolor
 Señor me lo has dado
 Tengo los ojos secos y la tez sin color
 Y al ruido de mi silla encadenado

Cuantos corazones latiendo en prisión
 Amor que me acompaña
 Ten piedad de mi débil razón
 Que esta desesperanza apaña

V

Pasan las horas
 Como un entierro lentamente
 Llorarás lo que lloras
 Que pasará rápidamente
 Como todas las horas

VI

Escucho ruidos de ciudad
 Y prisionero sin razón
 Nada mas vana hostilidad
 Muros vacíos de prisión

Se va la luz y héme aquí
 Una lámpara en la prisión
 Solo dos estamos así
 Mi querida y clara razón

(Versión de Antonio F. Molina)



EL CIELO SOBRE MI TECHO

El cielo sobre mi techo
claro y en calma;
el árbol sobre mi techo
mece sus ramas.

La esquila, en el cielo que miro,
dulce resuena.
Un ave, en el árbol que miro,
trina su pena.

Dios mío, desde aquí
todo es puro y bueno,
hasta es apacible
el rumor del pueblo.

- ¡Hombre solo y triste!
¿por qué gimes tú?
¿Qué hiciste, qué hiciste
de tu juventud?

Paul Verlaine

(Traducción de Pascual Antonio Beño)

Y SI EL VUELVE UN DIA...

Y

- *si él regresa algún día
¿qué le debo decir?*
- *Dile que yo le he esperado
hasta la hora de morir.*
- *¿Y si sigue interrogando,
sin sospechar quién soy yo?*
- *Respóndele como a hermano,
tal vez sufrimiento halló.*
- *¿Y cuando por tí pregunte
qué le debo contestar?*
- *Dale mi anillo de oro;
no le digas nada más.*
- *¿Y si acaso me pregunta
por esta sala desierta?*
- *Muéstrale sin luz la lámpara
y también la puerta abierta.*
- *¿Y si conocer quisiera
como fue tu última hora?*
- *Dile que partí sonriendo,
que yo sé que él nunca llora.*

Maurice Maeterlinck

(Traducción de Pascual Antonio Beño)

estudios

A mi querido amigo y paisano
Tomás Parra Becerra, a esta noche
— 14 de Febrero de 1979 —, cuando se
cumple a Tomados estamos forjando un
nuestro fue. Quiza, queda unida a
la bandera realista.

Cuando dare el tiempo, al fin
dia, recordare, lo que otra lluvia que
no es la de hoy, era esperanza que
siempre me da la voluntad. Dijo un
estare aqui.

De todo mi afecto y
consideración

Amor
Luis Parra

14-2-79

TOMELLOSO EN EL SIGLO XVIII VISTO POR UN POETA
(Discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Manchegos)

(7 de febrero de 1976)



a ya camino de tres años que se me concedió la honra sincera y noblemente deseada por mí, de ser elegido miembro del Instituto de Estudios Manchegos. Soñé, desde antes y desde siempre, con que algún día se me llamase a tomar asiento en lo que yo denomino -no sé si por una hermosa y humana vivencia- ilustre y sabia Academia a nuestro Instituto. Parecería natural menester y digna faena que, quien como yo, tanto deseaba este honor, hubiese activado con prudente diligencia el gozar de esas tareas con toda plenitud. Y mal se compagina este deseo que aquí confieso, con la tardanza en presentarme ante vosotros. Y así, no es extraño y más bien la juzgo acertada sorpresa y hasta pensaría como muy natural vuestro enojo y vuestro enfado, si de vuestra generosidad y comprensión, no brotara la virtud de la paciencia en esperarme. Porque si bien es justo el estimar que no he correspondido hasta hoy a empeño tan noble como el vuestro, no sería discreto por mi parte el achacarlo a falta de tiempo. Y hasta me atrevo a pensar que no estaría mal el censurar mi conducta, al descubrir en mí una tan valiente y audaz diligencia en pretender y un espíritu perezoso en el cumplir la única condición al afán de mi deseo, dilatando yo unos y otros plazos para satisfacerlo.

Disculparme y explicar aquí, que esta demora podría deberse a múltiples ocupaciones, sería como agravar más y más mi falta sin ningún atenuante. Pues, si con espíritu de benevolencia me abristeis las puertas del Instituto, ningún empleo más importante podía existir, que el de acudir a él para formar parte de su Corporación. Sin embargo, permitidme esta discreta confesión.

Siendo yo, como sabéis, un humilde escritor, más por nacencia y vocación que por estudios y saberes, y escribiendo poesía y prosa con relativa frecuencia y hasta publicando en periódicos diarios, revistas y libros el fruto de lo que nace y se cría en mi pobre caletre, es decir, trabajillos de escasa monta y no mucha entidad, cuando fui llamado por vosotros y luego de mucho cavilar y largas meditaciones, llegué a la conclusión de que, para entrar aquí, habría

de menester dar a luz algo que mereciese vuestra estimación y respeto. Y no hallando cosa buena como nacida de mi escaso ingenio, ni viendo yo a mi pluma con merecimientos y valor para lo que suele llamarse la realización de una obra bien hecha, me pasé largos días de reflexión y muchas noches en claro pensando qué haría para satisfaceros y que podría componer que, con justicia, tuviese méritos suficientes para dignificar lo que con tanto honor me habíais ofrecido. Y así fueronme naciendo grandes temores, no pocas dudas, hondas preocupaciones y un estado de ánimo en donde siempre estaba revinando, hasta el punto de que cuando ponía manos a la obra quedabame paralizado y sin fuerzas para emprender ocupación y camino que llevarme pudiera a puerto seguro. Más como el tesón era grande, hacia pareja con esta otra dificultad para mí gravísima: ¿De qué escribiría yo? ¿Qué podría componer que siendo grato a vuestro entendimiento consiguiera vuestra atención y, a la postre, no os cansara con la mediocridad de mis alcances?.

Estas y otras consideraciones, me infundían un gran retraimiento y venían a estorbar el cumplimiento que por vuestra generosidad os debo. El saber y los muchos méritos probados de todos los dignísimos Consejeros que dan lustre a esta Corporación, y cuya alabanza no es menester hacerla ahora, por haber rebasado ya todos los merecimientos las fronteras de la provincia y la región; y sobre todo, la singular personalidad de nuestro querido e ilustre Director don Carlos Calatayud y Gil, maestro en tantas disciplinas, docto y sabio en ese humanismo cristiano del que es ejemplo magistral, defensor y favorecedor de causas altísimas, y profesor que hace de la Judicatura, por su esencia, la mejor de las semillas para que florezca la doctrina del bien y la belleza, siempre adornada de esa gracia que Dios concede a las almas selectas como el mejor de los destinos que la Divina Providencia suele repartir, muy de tarde en tarde y a su mejor antojo y discreción, era otra de las causas que me tenían como encogido. Y faltaría yo a la verdad si mi desahogo no me llevase a expresar públicamente, que era tanta mi sombra ante esa luz de nuestro Instituto que, bien pudiera colegirse que mi atrevimiento al aceptar no tendría techo. Y que casi, casi, mi indignidad sería prueba irrefutable de una aspiración no justificada por la falta de una ejecutoria bien probada.

Más como la ignorancia atropella y exalta los anhelos, y queriendo tener la honra de pertenecer al Instituto como Consejero de Número, venció en mí todos los temores y aquí tenéis a este paisano que, en esta noche, os habla.

En este santuario de las letras y las artes que es nuestra Academia, y desde esta tribuna, lección y ejemplo cultural del diario discurrir para el vulgo y el ilustrado y bachiller, es cosa lógica y esencial a su propia naturaleza que, siendo escritor y poeta, os hable de las letras. Y si bien es verdad que en no pocos pasajes de mi discurso hallaréis un fondo y una forma subjetiva, aún dentro del más duro realismo, es también muy cierto y apropiado, que el negocio de mi pensamiento y los sentires, vayan discurriendo entre los parajes y la tierra donde vi la luz, pasé la infancia, dicurrí mi primera y las otras juventudes, me llegó la madurez y, en suma, hable de aquel Tomelloso que fue aldea, consiguió luego ser villa de por sí y con jurisdicción y, más tarde, en la década de los años veinte, alcanzó el honor de merecer el preciado título de ciudad, con motivo del cuarto centenario de su fundación.

Al no ser yo historiador, ni tampoco haber podido dedicarme a la investigación, resulta cosa fácilmente comprensible que al intentar calar en todo lo hondo y todo lo ancho de la problemática que hoy constituye el saber y el conocer la verdadera historia de nuestro Pueblo, nos encontremos con no pocas lagunas, y hasta con la falta de datos que puedan delimitar el cómo y el por qué de aquellos primeros tapias, con sus tabiques de adobe, que fueron piedra fundacional de la aldea. Entonces ocurre que tendremos que inventarnos no pocos acontecimientos. ¡Pero, cuidado! Que nadie piense que la simple INVENCION es sólo imaginación de poeta. No. Tomemos el sentido del vocablo "INVENCION" como cauce, canal o arteria que puede ser el contexto y ordene esas misteriosas aguas que, embalsadas y sujetas por un dique, han de regar un conocimiento que, al inventarlo, nos traiga una realidad encontrada, sin ser vista ni aprendida en textos de historia. Me explicaré: Poco o casi nada se sabe de la primera mitad del siglo XVI, referido a las primeras Casas-Quinterías o Alquerías de la aldea por los años de 1530 y sucesivos que, según las crónicas, arranca de lo que luego sería El Tomilloso (así, con "i" latina, como suena), y que, en su principio fue, quizá, una o dos ventas de la antigua Calzada Romana o Camino Real, que desde la Extremadura partía en dos el camino del Reino de Valencia, viniendo también desde el otro de la Andalucía, más varios pozos de agua viva para el abrevadero del ganado por aquello de la trashumancia, tan usual y corriente no sólo en la época, sino también hasta casi nuestros días. Y poco más. Poco más, digo, ciñéndome a lo que pudo ser la primitiva aldea. Pero me corre prisa el decir que, como luego se verá, la "INVENCION" (y lo registro para mejor afirmarlo) fue, para los primeros pobladores, EL ESPIRITU Y LA LETRA soñada y recreada, hasta alcanzar lo que nacía solo de su visión y sentimiento. O lo que es igual: la realidad entrevista sin tenerla en las manos. Y de ahí el misterio de su fe, que, como una estrella, les guiaba. Y estaban en lo cierto. Pero sigamos nuestro hilo, hasta encontrar la madeja.

Coviene a nuestro relato, el incidir una y otra vez en esa facultad de misión o destino que, estando en ellos sin saberlo o sabiéndolo muy bien, traían los primeros fundadores. Misión que, conociéndolo por intuición, venía a constituir lo que hoy podemos achacar y más luego definir, como la explosión de una fantasía que imaginaba la realidad no encontrada todavía. Porque ocurre con muchas bellas obras lo que con la poesía: que están en la naturaleza del alma y del espíritu y sólo alcanzan a cobrar vida, cuando llegan los hombres de excepción y se la inventan. Es algo semejante -aunque no es lo mismo- a cuanto acontece con el paisaje y la pintura. Hay, de entrada, un espejismo. Pero el hombre creador lo cuece en su propia alquitara o alambique para desmenuzarlo. Y entonces, su capacidad de sorpresa que es gracia y hasta hermosa y cuerda locura, se topa con encuentros que sometidos a su interpretación, o nacidos de ella, les acarrea el descubrimiento de lo que es el verdadero arte. De donde venimos a historiarnos, que sólo por la vía de la invención se ve el color, se aprecian la forma y los contornos y ese contraluz que produce movimiento. Y si algo parecido les ocurrió a los escritores del 98, respecto al paisaje, que estando ahí, apenas si nadie lo había visto hasta entonces, no sería hoy mala cosa imaginarnos que lo mismo o parecido sintieron aquellos pobladores, venidos Dios sabe de donde, y que eligieron este lugar cuando soñaban lo que sin tenerlo ya habían encontrado. Porque, como de todos es sabido, no es la misma cosa mirar que ver; como tampoco es igual la función de ver, que

aquella otra de producir un impresionismo que nos traiga la expresión auténtica de la naturaleza creada por Dios, para que forme un todo en su conjunto diverso y unitario; es decir, para que la unidad pueda ser vista y contemplada en todos sus matices, y que al producirse el desglose, no pierda su armonía. No rompa su ritmo. No altere su música. No cambie de melodía.

Tomelloso entra, de las manos de Aparicio Quiralte y Martín Sánchez, en la vida de la geografía y de la historia de España, cuando es mayor la grandesa de nuestra Monarquía y está en el pináculo del poder mundial. Y todos nuestros reinos se extienden en un común abrazo no sólo por la unidad con la última conquista de Granada, sino por el milagro del descubrimiento de las indias occidentales. Entonces España es dos veces España y gran parte de Europa. Y siendo España y Europa, es también América. El sol está en todo lo alto. No hay sombras. Por ello, España, es más universal que nunca. Y existe nuestra luz en casi tres continentes. Desde este prisma, con este concepto de lo Universal, hay que acercarse humildemente para intentar comprender y entender la raza y el espíritu de aquellos que, siendo labradores o montesinos, vinieron a este lugar a redondear con la fundación de unos caseríos todo el entorno y contorno de una comarca, provincia y región, que daría brillo, riqueza y fama como nunca jamás lograron conquistar gentes algunas.

Permitidme que traiga a colación, aquí y ahora, a nuestro poeta máximo y contemporáneo: Antonio Machado. El poeta sevillano nos dejó escrito en una de sus confesiones casi místicas, que, "Buscaba a Dios entre la niebla". Y nosotros queremos presumir que lo encontró. Pues si esto es cierto, no será menos verdadero, el que pueda pensar que aquellos primeros pobladores vieron a Dios y con El hablaron cuando el sol estaba en todo lo alto, en la anchura y en el llano y a plena luz del día.

¿Hemos dicho labradores? Sí, eso hemos apuntado. ¿Y también montesinos? También, lo mismo: gente que labraba para obtener el pan de candeal. Gente que hacía carbón vegetal... ¿Y si pensáramos que siendo todo aquello a la vez, eran también un poco poetas, un tanto héroes y un mucho conquistadores? Posiblemente tendríamos en la mano algo de lo que tratamos hallar y descubrir. Pues, decidme, que se puede pensar del genio, la figura y la imagen de gentes que aquí montaron sus chozos, cortaron leña, fabricaron sus hornos de carbón y de yeso, articularon las primitivas y elementales fábricas de teja, y fueron extendiendo su artesanía primaria hasta cotas altísimas y utilizando cauces no sospechados y sí eficazmente beneficiosos al negocio de su corazón y al de sus domésticos asuntos. Hay que rendirse a la evidencia, de que aquellos hombres y aquellas mujeres fueron llama inapagable. Es más: nos atrevemos a decir que ardía su alma como una antorcha que se eleva hasta el cielo.

No sería yo prudente ni discreto, si olvidarme quisiera de que cuando en mi discurso exalto la invención, hablo del mágico misterio de la fe que nos llega de dentro como uno de los más caros sentimientos y pensamientos. Y esto fue lo que les pasó a los fundadores del lugar, que les llegó el fruto copioso por la vía de su esfuerzo y esperanza y por su visión, y vinieron en dar con las adivinanzas de que ya estaban revestidos. Porque si plumas aladas nos han dejado como legado y testamento de que sólo los poetas mueven a los pueblos y los héroes los enardecen, no sería negocio de mucho extravío el pensar que Martín Sánchez y Aparicio Quiralte eran, sin saberlo, poetas y héroes.

Si decimos siglo XVI, es mentar a Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Y si decimos España, la España de aquellos días, es recordar a don Juan de Austria y su batalla de Lepanto, Cervantes, el Greco... Es curioso observar que Felipe II nace en Valladolid el 21 de mayo de 1527 y muere en la noche del 12 al 13 de septiembre de 1598. Mirad las fechas de estos dos años, y encontraremos no casualidades y sí un gran motivo y gran fundamento que es causal en el periodo de años del nacimiento y muerte de su Católica Majestad Felipe II, hijo del César Carlos, pues en este periodo de tiempo, por mor de una directa influencia, esencialmente conquistadora, se produce el periodo de la fundación del Tomelloso, su desarrollo, su primera independencia de la Villa de Socuéllamos, la pérdida de esta liberación, y el consiguiente pleito por no disponer la aldea de los catorce mil ducados que era el precio de su autonomía. Por lo que venimos a considerar, antes de continuar con nuestra relación de hechos, que para pedir dinero, y que te den dinero, sin tener dinero, hay que tener dineros en otras muchas cosas. Y si esto último ocurre, tendrás ayudas. En muchos casos más de las que te hagan falta o tu voluntad quisiera. Pero si por desgracia aconteciese lo contrario, no tendrías dineros entonces ni cosa alguna que comparársele pudiera. Pasa con esto, como se acaba de ver, como con la deseada libertad o la independencia que se busca. O como con la justicia o la razón. O como con el amor y con el bien. Sólo la belleza genera sumisión. Y sólo el poder de los otros nos lleva a la independencia, cuando no a la esclavitud. Así de contradictorio y desconcertante es el devenir de la existencia de personas o cosas, en el mundo y en todos los tiempos. De tal forma es así, que, a nuestro modo de ver, estando vivo parece que estás muerto, o al revés. Que la cruz y el calvario sólo son prendas hermosas y atributos divinos cuando desde la tierra nos acercamos hasta Cristo y en Él vivimos pensando que lo demás importa menos por lo transitorio, perecedero y circunstancial.

Y porque sólo es un regalo y un encuentro el soplo de Dios que en la vida tenemos. Lo otro, es cosa diferente. Serán otras muchas cosas. Y siendo muchas y abundantes, a nuestro parecer, nada serán ni en medio ni al final. Y muchas de ellas, ni siquiera el recuerdo por afincarse en la pobre materia. Sólo la bondad, aquella que se da a cuenta de nada, es creadora de la memoria eterna. Esa bondad que se agiganta por obra y gracia del espíritu de entrega, y el esfuerzo permanente en el amor que a los otros beneficia porque antes lo hemos derramado sobre ellos. De tal modo es así, que nuestro corazón -ya perdida la sangre y su mañana- seguirá viviendo en los otros corazones, que es la más hermosa manera de no morir nunca.

Ya hemos visto para la defensa de nuestra tesis, que no es casualidad y sí causal el que Tomelloso tenga su nacimiento y desarrollo en los días de mayor gloria de España. Es decir, cuando Felipe II tiene en sus manos la más grande herencia que Rey alguno pudiera recibir. ¿Y cual es el origen, causa y motivos de una tal acumulación de fortunas y hechos gloriosos y felizmente superados y condensados? Es, a nuestro parecer, la consecución de ese despertar de una raza que hace de la aventura el milagro venturoso de la Fe. y la fe es la cruz. Y ésta, el imperio de la cristiandad. Porque las generaciones de aquel tiempo están impregnadas de un espíritu irrepetible que asombró al mundo. Aquellas gentes eran descubridores y conquistadores. Hemos dicho descubridores y decimos bien. Pues si durante el siglo XV estos parajes fueron tierra de paso entre unos y otros reinos, mientras duró la reconquista y el conocimiento

del Nuevo Mundo, a partir de los años veinte y treinta del siglo XVI, es tierra para quedarse, y aquí, en Tomelloso, se quedaron. Comenzó este "quedar" para el sosiego. Para el trabajo. Para seguir descubriendo. Para continuar conquistando. ¿Fue ello un azar? No. No fue así. La intención y el propósito tenían un conocimiento más cabal; más realista; más visionario y más lleno de vaticinio. Sabían ellos, los fundadores, donde se instalaban. Conocían perfectamente los vientos y los aires; las lluvias y el sol; el camino y sus contornos; las costumbres de sus cercanías; el lugar y lugares que lo rodeaban, así como sus términos y villas. Y las ventas, sus veredas y senderos, cultivos y cosechas, y circunstancias anejas a sus rendimientos. Todo lo sabían. Y por conocerlo, intuyeron lo que ellos y los sucesores podrían hacer y dejar. Y lo que nos legaron fue no sólo unas tierras entre un río y dos afluentes: el Guadiana y los ríos Zancara y Córcoles, sino toda la gran semilla de un espíritu inagotable para el trabajo y una voluntad de resistencia y vocación de crear como nunca se vió en las tierras manchegas ni en las dos Castillas. Pues no en balde, ellos, como nacidos de una mezcla de castellanos y extremeños, tenían el valor para la conquista de nuevas tierras, no exento de la gracia artística que, unidos como un yugo, se abrazan a la carroza del triunfo y la Realeza que es en aquel instante la visión que ellos inventan. De ahí, que la pequeña aldea fuese capaz de crecer y crear frutos y bienes para el cuerpo y aquellas otras mudanzas que por la vía del arte recrean el lenguaje, los ojos y las almas. Y al ir pariendo espíritu, los descendientes de aquellos fundadores de la aldea y la villa y la ciudad rica y populosa darían también a luz pintores y poetas, novelistas y músicos, escultores y hombres de ciencia. Pues todo ello ha florecido aquí, para gloria y ensoñación recreativa de la Mancha.

El régimen de vida que practican los fundadores y que nos dejaron como la mejor de las herencias, fue el trabajo hecho heroísmo como la única fórmula para alcanzar el sacrificio. Y así vemos que, mientras sus coetáneos de las otras villas viven sesteando sobre la alfombra muelle de un bienestar no siempre previsor, los del Tomelloso van poniendo los andamios para poder subir a todo lo alto de una explotación agrícola, del ordenado comercio y de la industria perfectamente estructurada. Y lo que es mas importante aún: Crean un estilo nuevo; una manera de ser; una forma de vivir y una escuela que, siglos después, sería espejo donde mirarse pudieran gentes de otros lugares. Es decir, su investigación les lleva al campo de la metafísica, hasta calar en el alma intuitiva del mensaje.

Y esto, en síntesis, ha sido Tomelloso en los pasados siglos y lo será en los venideros: un mensaje como factor genético, hereditario.

Pero antes de entrar a fondo en el tema, recordemos lo que nos dice don Inocente Hervás y Buendía, en su Diccionario Histórico, Geográfico y Biográfico de la provincia de Ciudad Real, en su segunda edición publicada en 1892, cuando se refiere a Tomelloso:

"Decía su justicia en 1575, que por los años 1530, Aparicio Quiralte y Martín Sánchez se establecieron en una extensa llanura poblada de tomillares y junto a un pozo a cuyo alrededor vieron restos de antiguas edificaciones, que parecían casas de labor largo tiempo abandonadas. Hicieron sus pobres chozas se dieron a cultivar aquel terreno todo yermo para proveer sus necesidades, muy lejos de pensar que ponían los fundamentos de un pueblo, el cual pasadas tres escasas centurias había de ser uno de los más ricos y poblados de la Mancha".

Del texto que antecede queremos subrayar el vocablo "Yermo" y aquel otro de "miserero", del que hacen abundante uso otros comentaristas, porque vemos en sus significados una gran contradicción. Porque con todos los respetos para unos y otros historiadores que su investigación los llevó a estos análisis, creemos -y los hechos lo ha demostrado muy cumplidamente- que eso de que los pobladores se dieron a cultivar un terreno yermo y miserero no es exactamente cierto. Es un tópico, que afuerza de repetirlo quiso ganar el título de verdad, siendo todo lo contrario, porque la certeza está más honda y la hemos encontrado como luego diremos. Pues si lo de miserero y yermo hubiera sido cierto, la contradicción que apuntamos no estaría justificada no sólo en la historia verdadera, sino en los hechos al decir las mismas crónicas que en la Relación Topográfica que mandaron hacer los justicias en 1575, en ocasión de solicitar su primera independencia de Socuéllamos la Villa Matriz, aseguran y nos dicen, por modo profético, que habiendo pasado sólo 45 años años de la fundación de sus primeras casas, contaba ya con más de 80 vecinos y aún no había alcanzado su independencia civil ni eclesiástica.

"El Tomillar -y seguimos con la relación de don Inocente Hervás- en que este pueblo fue fundado, pertenecía al término y jurisdicción de Socuéllamos, y era por lo tanto su anejo o aldea. Anhelaban sus vecinos por su independencia con mejor derecho que otros pueblos, en razón a que la considerable distancia que de la matriz los separaba, les imponía graves molestias. Luego de muchos pleitos, logró ver cumplidos sus deseos. pues por Decreto del Consejo de Hacienda de 18 de agosto de 1589, aprobado por Real Cédula de dicho mes y año, se le concedió ser Villa de por sí, con Jurisdicción de primera Instancia señalándole por término municipal la diezmería y la dehesa de Navarencia. La aldea entonces ofreció por esta gracia servir a S.M. con un cuento y 95.000 maravedís. Socuéllamos contradujo, aunque sin resultados por el pronto, esta desmembración; más insistiendo en ella y ofreciendo al Consejo mayor cantidad que la dada por los del Tomelloso, quedó establecida la subasta, venciendo al fin Socuéllamos por ofrecer hasta 14.000 ducados, los cuales, admitidos por el Consejo, después de manifestar el Tomelloso no estar a su alcance tan gruesa suma, por Decreto de 18 de octubre de 1593, ordeno la vuelta de este pueblo a su primitiva condición de aldea de Socuéllamos".

Y por estimarlo de vital importancia a nuestra exposición y relato, para incidir una vez más en el espíritu tesonero de aquellos descubridores, sigamos la relación de don Inocente Hervás: "...conservó cuidadosamente su Consejo -el del Tomelloso- aunque con jurisdicción limitada, en cuanto que sus alcaldes, únicamente podían conocer de los negocios que no excedieran de 400 maravedís..." No renunció a sus gestiones para recabar del poder real su aspirada independencia, ni cesó ni un sólo momento de molestar a su cabecera con pleitos y cuestiones sobre su término y atribuciones de sus alcaldes pedáneos; al fin, creciendo extraordinariamente en población, la cual en 1750 excedía de 600 vecinos, entabló su permanente reclamación ante el Consejo de Hacienda, pidiendo llamarse Tomelloso de San Fernando. Consideró el alto cuerpo justa la petición y expidió el Decreto siguiente:

"En la Villa de Madrid a veinte y seis días del mes de agosto de mil setecientos cincuenta y ocho: visto por los señores del Real Consejo de Hacienda en justicia el pleito que es entre partes, de una la Justicia, Concejo, Procurador Síndico General y común de

vecinos del lugar de Tomelloso, Aldea de la Villa de Socuéllamos... y de la otra, el Concejo de la Villa de Socuéllamos, su capital... y el Definitorio de Carmelitas Descalzos..." (Conviene registrar aquí una circunstancia coincidente y muy beneficiosa no sólo a la consecución de nuestra independencia definitiva en el siglo XVIII, sino cuanto en el aspecto formativo y cultural vino a constituir el hecho de que, también en nuestro siglo fuese la Orden Carmelitana quien echaría raíces en nuestra ciudad para formar almas y guiar a muchas generaciones por el camino de la enseñanza y los saberes, pues también, como es del conocimiento de todos, los Carmelitas, en función de un profesorado en equipo, se instaló a qui y comenzó su curso escolar en el antiguo colegio llamado de los curas, en el año 1943. Y que, felizmente, para el bien del pueblo, tienen su propio colegio e internado de segunda enseñanza. Pues bien, siguiendo la relación de don Inocente Hervás y otros archivos, venimos a conocer lo siguiente:

"...El Definitorio de Carmelitas de Madrid tenía un capital (hablo de aquella época) de 124.000 reales contra el Concejo de Socuéllamos y a cuyo pago, en ocasión del pleito con Socuéllamos, hipotecó la Correduría del Tomelloso y la dehesa de Navarencia en concepto de heredero del Marqués de Paúl. (Esto explica la intervención aquí)". De donde se deduce que aquella intervención vino a favorecer el éxito del pleito y por tanto la definitiva independencia de este lugar. Si nos detenemos a rumiar cuanto ello significa y el que casi dos siglos después viniese dicha orden a traer cultura y sabiduría, veremos en ello la mano de dios y cómo la fe no abandonó nunca a los hijos de esta tierra.) "...sobre que se conceda -continúa el Consejo- a la citada Aldea y Lugar de Tomelloso la Gracia de Villa en sí y sobre sí, con jurisdicción civil y criminal, separándola de la de Socuéllamos, con reintegración de la que se le dió y concedió por S.M. en el año 1589, y retracto de la que sin embargo se volvió a dar a Socuéllamos en fuerza de las pujas que hizo otro posterior asiento... Dijeron que deberían declarar y declararon, haber lugar a la Gracia de exención y Villazgo que solicita el lugar del Tomelloso". Hasta aquí el fundamento primordial de lo que el historiador don Inocente Hervás, reseña en función de la definitiva independencia de nuestro pueblo. Aunque muy bien se podrá puntualizar como un dato más para la historia, que fue el licenciado señor Roa Villaseñor, a la sazón gobernador del Campo de Criptana, quien fue comisionado para dar la posesión de la jurisdicción al Tomelloso, como lo efectuó el 15 de marzo de 1765, designándole por términos la ya dicha dehesa de Navarencia y correduría y el baldío de Lomas, que se pertirá por mitad de mediodía a Norte entre las dos Villas. Y cuyo acuerdo tendría efectos legales en derecho, a partir del día 1 de junio de 1769, según Ordenes que aprobó en dicha fecha el rey Carlos III.

Pero no terminaron aquí las cuitas de los fundadores, ya que tuvieron que seguir luchando con el Campo de Criptana para agregar y unificar con la primitivas Aldea, una pequeña porción de casas de labor que con el nombre de Aldea de El Altillo, pertenecía o estaba ubicada en el término de Campo de Criptana, y que este pequeño barrio se conoce hoy como por el actual extrarradio junto al antiguo Canal del Gran Prior, al final de la calle General Mola, antes calle Nueva, con lo cual vino a consumir su total unidad. Y adjudicándole las majadas del Altillo y Ahorcado, en total 1.038 fanegas, que por esta razón se separaron del término de El Campo, para agregarlas al del Tomelloso. Y todo ello por Cédula Real.

Queremos incidir una vez más, en la razón que nos asistía al pretender nuestra independencia en el hecho siguiente: poco más de 200 vecinos tenía el pueblo de Socuéllamos, cuando en la misma época su Aldea -mal llamada hija rebelde- contaba con 600 vecinos. Lo que viene a demostrar la pujanza de su desarrollo, el espíritu creador de sus vecinos y la imaginación hecha realidad de que el pueblo que estaban fundando, había adquirido derechos tan fuertes y respetables como nadie pudo, al fin, discutirlos. Y estos acontecimientos históricos, que son invención nuestra, lo confirman los archivos existentes en Socuéllamos y viene a relatarlos con detalles muy curiosos y concretas puntualizaciones, el historiador Porfirio San Andrés Galiana, en su reciente libro titulado "Socuéllamos", y en el que hace gala de un estilo sobrio, docto y erudito.

Y cuanto antecede reseñado en el libro "Socuéllamos" del historiador Andrés Galiana es copia literal de la bella crónica de nuestro ilustre paisano, profesor Francisco Pérez Fernández, que a sus muchos títulos podemos añadir con todo merecimiento los de escritor y periodista y que durante muchos años fue Catedrático de este Colegio de Enseñanza Media y maestro y profesor mío y a quien debo, por su humildad y sabiduría muchas enseñanzas.

En la relación Topográfica que mandó hacer Carlos III, existe un pequeño mapa en forma de pentágono irregular -sucado no sabemos de qué archivo- en el que se aprecia el Tomilloso de la primera mitad del siglo XVI. Y vemos alrededor de donde está hoy la posada llamada de los Portales, solamente el nombre de seis calles: calle de la Casa Grande, orientada a lo que tradicionalmente se conoce por la calle de la Feria, (luego Don Victor Peñasco); calle del Altillo, la que sería luego calle Nueva; la Cruz Verde y Toledillos, anén de las calles de Socuéllamos y del Campo. Tiene esta justificación, porque este lugar se fundó en forma de círculo junto a la primitiva Venta, hoy Posada de los Portales ya referida, y abarcando aquellas otras ventas, y pozos de agua, que existían en la confluencia de lo que son hoy las calles de Belén, Independencia, Veracruz, Cruz Verde y Toledillos. Es decir, situando la Aldea en dos mitades junto al Camino Real o Gran Vereda. Para luego, partiendo de éste vértice, ir ensanchándose de Norte a Sur y de Este a Oeste. Y a continuación, venimos en conocimiento del nombre de dos calles más: Tejera y Calvario. Detengamos nuestra atención en cuanto significan estos dos nombres de calles: uno, "Tejera"; el afán diario de la profesión que hicieron suya por aquello de la necesidad hecha oficio, en tarea que llegaría hasta nuestros días: el otro, de un hondo significado religioso. El espíritu cristiano que siempre alentó a las gentes del lugar. Y vemos también los asomos de su gran fe en otra circunstancia materializada y que vive en el alma de los fundadores. Porque, y también lo reseñan las crónicas, en ocasión de terminar la fábrica de la nave del centro, el primitivo retablo estuvo consagrado a Nuestra Señora de la Paz. Más después, se continuó hasta el crucero prolongándose la primitiva nave a mediados del siglo XVII, comenzando la construcción de las capillas laterales por piadosos fundadores, que las destinaron para sus enterramientos y el de sus familias, y se levantó la torre, concluyéndose en 1689, trasladando el altar de Nuestra Señora de la Paz a una de sus capillas, y fijando por patrona y titular de esta Iglesia, a Nuestra Señora de la Asunción. Y el retablo mayor, se contruyó en 1776; igualmente dedicaron capillas a San Ildefonso y al Santo Cristo de la Piedad.

Antes de seguir, queremos resaltar el espíritu piadoso de aquellas almas. Y sobre todo el dedicar a la advocación de Nuestra Señora de la Paz, la función mediadora con el doble sentido religioso, pacífico y de aquel talante de que dieron muestras los fundadores con su perseverancia, que no era otra cosa, que el gran oleaje de la fe. Si a esto añadimos el significado que entraña el Calvario, y cuyo nombre se lo dieron a una de las primeras calles, viene a completar ese ciclo maravilloso de la esperanza, la fe y las creencias: triple contexto que era el baluarte donde enganchaban su razón de vida y existencia.

Si esto decimos de su espíritu cristiano auténticamente sentido, aunque no con expresiones externas de cara a una exhibición, digamos ahora lo que viene a constituir nuestra afirmación de que no fundaron el pueblo sobre tierras miserables. La pequeña historia ha demostrado cumplidamente todo lo contrario, y probando en el XVI, que los pobladores intuyeron la gran riqueza que reposaba bajo los montes y encinares, mirando a saliente, cuya tierra de mucho fondo y alma, con arcilla arenosa y muy fresca, sería el mejor terreno para el cultivo de la vid y toda clase de cereales. Pues si bien el clima era extremoso, tenía como contrapartida el hecho cierto de que en pleno estío, aquellos parajes permitían el nacimiento y desarrollo de toda clase de árboles. Y, como es sabido, la viña es un árbol que se queda en cepa; de ahí la mina que el mismo suelo les proporcionó, y que ellos y nosotros, lo vieron antes de que fuese realidad.

Y es digno de registrar que a un paraje plantado de viña -quizá en los primeros años del siglo XVIII- se le conoce precisamente con el nombre de La Mina, por la mucha producción de kilos de uva por cepa. Algo parecido ocurrió con aquel otro que se conoce con el nombre de La Cueva, seguramente porque alguna viña se bastaba, con su cosecha, para llenar alguna de las cuevas con el vino procedente de la misma. Es curioso observar los nombres de las Quinterías o Alquerías que en el siglo XVIII, ya definitivamente Villa, tenían o les fueron poniendo aquellos que iban ensanchándose en su desarrollo y creando fuentes de riqueza. O lo que es igual: el fundamento del comercio y la industria que alcanzó su auge y plenitud a finales del mismo siglo y durante todo el XIX.

Estas Quinterías se continúan llamando y conociendo por los nombres de: Don Diego, Carrasquillas, Don Martín, "Malavad", Torrecillas, Venta Vieja, Nieva, Tronco y Tronquillo, Perrote, Cueva, "Ornillo", Patiño, Gito, Riega, Pinilla, Gachas, Casa de Thomas, Iniesta, Paredazo Quemado, y Guerrillas de Don Ubaldo. (Posiblemente, y en el transcurso del tiempo, algún nombre habrá cambiado). Mencionamos también en abundancia de nuestro criterio, que toda esa zona que mira y se acerca hacia las riberas de los ríos Záncara y Córcoles, como El Coto, Las Delicias, y la Casa de los Árboles, junto con la vega que linda con Criptana, fueron las mejores arcas que durante tres o cuatro siglos constituyeron el mejor emplazamiento para obtener sustanciosos beneficios, aunque, como es lógico, arrancándole a la noche muchas horas de descanso y sueño, para dedicarlas a ese esfuerzo que hizo posible el Tomelloso de nuestros días: único exponente ejemplar en toda la provincia y región.

Como botón de muestra, copiamos de la Relación que mandó hacer S.M. el rey Carlos III, una típica casa-vivienda y de labor, que existía en el número 11 de la calle Veracruz, como uno de los bienes de Vicente Rodrigo y Pelaez:

"Tiene 31 varas de fachada y 51 de fondo; con patio, corral, cueva con 20 tinojas de caber 600 arrobas, jaraíz, cuadras, pajar, cocina y otras oficinas, a la que los alarifes le han registrado 350 Reales de Vellón".

Esto viene a demostrar, que antes de finalizar la dinastía de los Austrias, y cuando se inicia en 1700 el gobierno de la rama Borbónica al asumir el trono Felipe V, nieto de Luis XIV de Francia, llamado el Rey Sol y el que dijo "el Estado soy yo", ya se cultivaban grandes extensiones de viñedo, había cuevas y se había iniciado su transformación, en gran parte de la cosecha, en aguardientes de 70/80^o. centesimales, que sería exportado a los reinos de Andalucía y Valencia. Y aquí tenemos, y conviene a nuestro relato el meditar mucho sobre ello, el origen de esa gran industria vinico-alcoholera que iría aumentando durante el siglo XIX, y alcanzaría el cenit de su máxima expansión en las primeras décadas del actual, y consiguiendo cotas en la fabricación de "Holandas" y alcoholes, como jamás en la Historia de la humanidad conquistó pueblo alguno. Hasta el punto de que las mayores y más importantes destilerías del país tienen su sede en Tomelloso y están en manos que pueden asegurar, sin duda alguna, una continuidad que se basa -precisamente- en la enorme producción de uva y vino. Y hay un dato que no todos conocen, y es el hecho no fácilmente comprensible, así de entrada, de que el comercio y la industria de Tomelloso y su término se les quedó tan chico, que los labradores de Tomelloso son los únicos que cultivan directamente la viña en los términos municipales de 19 pueblos pertenecientes a las cuatro provincias manchegas. Es decir, aquellos fundadores consiguieron que sus nietos se instalasen y fuesen propietarios en las provincias de Albacete, Ciudad Real, Cuenca y Toledo. ¿Puede alguien, con un somero conocimiento de cuanto antecede, seguir especulando con aquello de que la Aldea del Tomillar se asentó sobre tierras yermas y miserables? Sinceramente, y con todos los respetos, creemos que con esta perspectiva tendrán que modificar su juicio y atenerse a una realidad viva y caliente.

Permitidme que, aún a costa de cansaros un poco, pueda ampliar la imagen de esa casa de labor que hemos descrito antes para que nos hagamos una mejor idea, no muy soterrada, de lo que fueron aquellas fincas urbanas y familias, ya hoy, si no desaparecidas, sí en trance de extinguirse.

Mirad y ved ese portón del color del otoño, con sus clavos negros; portón que no llegó a ser portada y dejó de ser postigo. Imaginad el patio, a cielo abierto, mirando siempre a Dios, y, al fondo, el porche con vigas de madera y sus canecillos, guardador de enseres y guarniciones agrícolas. Seguid mirando y vereis en el patio el brocal de un pozo con su garrucha, y su maroma de esparto atada al cubo. Y una parra. Y una higuera, con sus colores iguales y encontrados, y que eran no sólo el motivo de simple y hermosa decoración, sino también, en un momento dado, sustanciosas calorías. Pasad más adentro, y vereis el corral. Y los otros porches con las colleras como durmiendo la siesta. Y la figura del mayoral de los gañanes, como un viejo patriarca. Y esa estampa del "ayudaor" de las labores, ejerciendo cautelosamente una prudencia ensanchada y

tímida. Y los zagales, aprendices de mozos de mulas, con los ojos de altas madrugadas desaparecidas para siempre. Y que son fotografías amarillas, flotando sobre los poyos de yeso en la cocinilla de la quintería, y aleteando no se sabe sobre qué busca no aprendida, el sueño rutinario de las mulas en días de lluvia y temporal creciente. Y los caminos y veredas. Esas veredas quietas, sin nadie, como perdidas, sin saber su andadura, porque ya no son busca ni enlace entretenido de llegada. Y en los porches, los carros de varas, como durmiendo el sueño que los despertará luego, cuando se echen al camino para encontrar la busca que apetecen. Seguid mirando y vereis a la madre, casi abuela, con su pañoleta de flecos negros como de viuda anticipada, sin ser viuda, y siempre rezando para adentro, y con sus manos en la faltriquera -del color de la tierra barbechada-, encontrándose el "puñao" de castañas y piñones, ante los ojos quietos de su hijo o de su nieto. Chiquillo, que está en esa edad de sueños y querencias recién estrenadas. Es una ilusión que se renueva y crece, cuando va descubriendo en mitad de la calle de tierra, sólo tierra, que lo sostiene para no caerse nunca, un mundo nuevo que le llega entre el aire y las luces de una amanecida. Esta madre, cansada de parir fatigas y trabajos, ha sido siempre el génesis de esa despensa de la honestidad y el ejemplo de la más limpia ejecutoria. Poned los ojos en el padre ya maduro, casi viejo por los muchos afanes y desvelos, y todavía no anciano por el almanaque, pero sí antiguo por la sabiduría, que trasiéga y voltea su diario quehacer, entre lluvias y soles, que si parecen un chico purgatorio, son la antesala de la felicidad y de la gloria. Ese trabajo que empezaba de noche, bajo el candil de alguna media luna, y tenía su remate, cuando también las estrellas estaban en todo lo alto.

Continuemos pensando y sintiendo la tarea de estos padres que tantas veces, cuando trabajando en las viñas, junto a una cepa, él y ella, vieron nacer al lado del zumo de la uva, ese otro zumo de la vida (su hijo), como dos milagros juntos, de la primavera y el otoño: Ese otro veranillo de San Miguel, cuando el sol está más quieto y se quiere mirar en la llanura para darle el último punto de azúcar al membrillo, que brota y se recrea y se entrega henchido de humildad.

Porque muchas de nuestras abuelas, alumbraron sus hijos en mitad de un rastrojo, en plena siega. Y lo criaron sin abandonar la faena y bajo el sol y la llanada, y teniendo como único refugio, el clásico bombo-habitación, casi, casi, como queriendo seguir el ejemplo de Cristo, junto a los pesebres.

Bien merece la pena el proyectar, para que también quede en la pequeña historia, esa otra imagen de aquellos hombres, que sin más herramienta que un pico, hicieron nuestras cuevas. Jamás se ha visto ni siquiera en los mineros que a dos mil metros bajo tierra extraían en las minas el carbón mineral utilizando el martillo, unas manos como las de nuestros poceros o picaores, ofreciendo al mundo, junto a sus cinco dedos, otros cinco callos del volumen de un garbanzo, y teniendo en la mitad de su palma, un círculo del volumen de aquella fracción de la peseta, que se conoce con el nombre de "pataco" o diez céntimos. Ante este sacrificio y amor al trabajo, conviene preguntarse: ¿Qué calificativos y adjetivos deberíamos aplicar a esta raza de hombres, que a cuenta de muy poco, nos legaron tal clase de faena?. Mi gratitud inmensa y el pequeño entender de mi juicio, viene a decirme que llegará un tiempo en el que estos hombres se vean reflejados en el monumento que supieron ganarse. ¡Y quien

sabe!. No faltarán autoridades y gobernantes que se lo hagan. Y no sólo a estos, sino al viñero o viñador, hombres y mujeres, que supieron arrancar de la tierra ese progreso y bienestar del que hoy todos disfrutamos. Porque, ¿conocéis un dato? Es este: En el siglo XVIII y XIX, muchos trabajadores nuestros cuando iban a trabajar a extramuros de la aldea, como por ejemplo a la Cruz de Galleguillo, El Cocerillo, o la Casa Alta y Santa Rita, se quitaban las alpargatas a la salidad del pueblo, para no gastarlas, y segían andando descalzos hasta el tajo. ¡Qué espíritu, Dios mío!

Y viene a cuento, referido al nacimiento en el campo, en plena tierra, de muchos de nuestros hermanos, el traer aquí en el vocabulario de voces extremeñas, un pequeño fragmento del hermoso poema titulado "La Nacencia", del que es autor el fallecido poeta de Guareña (Badajoz), Luis Chamizo. Poema este de una ternura y belleza excepcionales. Poema de Antología.

"No cantaban las ranas,
los grillos no cantaban a lo lejos,
las bocanás del aire s'aplacaron,
s'asomaron la luna y el lucero,
no llegaba, roando, de las sierras,
el dolondón de los cencerros...
¡Daba tanta quietú mucha congoja!
¡Daba ya no sé qué tanto silencio!

M'arrimé más pa ella:
l'abrasaba el aliento,
le temblaban las manos,
tiritaba su cuerpo...

Y a la luz de la luna eran sus ojos
más grandes y más negros.
Yo sentí que los míos chorreaban
lagrimones de fuego.
Uno cayo roando,
y, prendió d'un pelo,
en meta de su frente
se queó reluciendo.
¡Qué bonita y qué güena,
quien pudiera ser méico!

Señó, tú que lo sabes
lo mucho que te quiero.
Tú que sabes qu'estamos bien casos,
Señó, tú qu'eres güeno;
tú que jaces que broten las simientes
qu'echamos en el suelo;
tú que jaces que granen las espigas,
cuando llega su tiempo,
tú que jaces que paran las ovejas,
sin comadres ni méicos..."

"¿Por qué, Señó, se va a morir mi Juana,
con lo que yo la quiero,
siendo yo tan honrao
y siendo tú tan güeno?

¡Ay! que noche más larga
de tanto sufrimiento:
¡qué cosas pasarían
que decirlas no pueo!
Jizo Dios un milagro,
¡no podía por menos!

Pues este milagro, de que habla Luis Chamizo, en ocasión del nacimiento de un niño, junto a un chozo y en mitad del campo, tuvo sus antecedentes quizá a docenas y docenas en este lugar y a través de su historia hasta no hace ni siquiera una centuria. Esto explica que la mujer -madre o hija- colaboraron con el hombre, en todas las varias y múltiples fundaciones del Tomelloso. Y ahí está esa imagen que llegó hasta nuestros días de la clásica y tradicional "terrera" que sacó toda la tierra para la excavación y las naves de nuestras primitivas y actuales cuevas. Y alguien, algún día, vendrá a desmenuzar, en función de verdadero historiador, lo que fue el origen, desarrollo y fundamento de la verdadera historia de Tomelloso. Pues esta historia está por escribir, porque en verdad os digo que mi estado de perplejidad alcanzó alturas que bien merecen analizar ese espíritu sensorial y anímico, que como una merced de Dios, insufló el alma y el corazón de unos hombres que bien pudiéramos calificar de verdaderos profetas. Y todo ello, animado de una casi y hermosa ingenuidad y de una fortaleza y de un ingenio poco común ni a su época ni al ser del español. Pues si observamos el talento de este pueblo, y vemos sus costumbres todavía arraigadas en la honestidad y el trabajo, se verá que en muy poco o casi nada, se parecen a las gentes de la provincia o la región. Porque sus peculiaridades son distintas y el afán de conquista creadora, material y artística, están diferenciadas y tienen una singular personalidad.

Y ya termino para no abusar más de vuestra atención. Pero dejadme, por favor, que toque muy de pasada aquello de las influencias y otras minucias que han venido a resultar y a conformar el carácter y la estampa de los hombres de Tomelloso y que le afectan a la clase y el estilo de su traje, que es su más acusada característica y lo que yo llamo uno de los más honrosos uniformes: la blusa negra.

Aquellas y estas blusas negras, no muy largas, que exaltan y denotan su hermosa influencia levantina, semejante a la que todavía impera en esos Patriarcas, antiguos y modernos, nunca viejos, que presiden en Valencia el Tribunal de las Aguas, para mejor ordenar esa inmensa riqueza del río Turia. Y los carros de varas, con su íntimo y acariciante toldo, y varios ganchos de mulas en reata, dispuestos siempre a echarse al camino en busca de los reinos de Valencia y Andalucía, para encontrar y conseguir aquel intercambio de nuestros primitivos aguardientes, por coloniales o especias y otras mercaderías.

También quedó aquí, la influencia andaluza sobre guarniciones y arreos para vestir las mulas, dejarlas "majas", y ofrecer esa estampa casi única de nuestras reatas que son motivo de hermosa admiración.

Dejadme también que, en forma nostálgica yo vea ahora con el corazón que lo siento tristear, el que las fraguas tengan en silencio sus martillos y que no se vean las chispas del carbón, ni el fuelle ni el yunque. El que me duela un poco todavía, el sentir de que ya no seechan pías de carrasca en las ruedas de los carros.

Ni que un trozo de lija pueda acariciar la noble y limpia madera de los "rayos" (radios), para que mejor pudieran "cantar" las galerías en los días del agosto y la vendimia. Así, de este modo, he querido soñar despierto para ver, muy modestamente y como corresponde a mi estilo, quizá elemental y primario, de una imagen que sin conocerla he intentado ver para con toda humildad poder en esta noche contaros muy por encima lo que creemos que fue el siglo XVIII, visto por un aprendiz de poeta, que no sabe hacer versos perfectamente, pero que alguna vez, por la gracia de dios, suele hacer poesía que es, en definitiva, lo que suele tener algún valor.

He intentado expresar aquí, todo mi pensar y sentir sobre unos hechos que he considerado del mayor relieve, y que más he intuído, que palpado con los ojos de la carne, y teniendo que apelar a esa luz del espíritu para que aflorar pudiera la imagen aproximada de lo que fue y es Tomelloso. Quiero también expresar mi gratitud a la dignísima Corporación del Instituto de Estudios Manchegos, a las ilustres Autoridades Nacionales, Provinciales y Locales, y a cuantos, con tanta indulgencia, me habeis honrado y dado el honor de escucharme. Y bien se que no habré dicho nada nuevo, y por ello, la lisonja no puede acompañarme, pero confío en que aprobareis mi discurso más por vuestra bondad que por los méritos que él pueda tener.

Pero así lo ha visto mi alma pecadora de cristiano. Mi vocación de escritor. Mi anhelo de poeta. Mi cansado corazón de manchego, castellano y español, y mi afán y mi cariño por este Tomelloso y por toda la comunidad de aldeas, villas y ciudades que son ejemplo de buen vivir y dan esplendor a todas nuestras tierras, y que con orgullo quiero exaltar como el país de la Mancha de Ciudad Real. Este país estoico y lleno de paciencia; el país sufrido y esperanzador; el país resignado y doliente. Estos pueblos que tienen sus raíces en la entraña de España y de su Historia, y sus ojos queriendo acercarse a Dios, como si fuese una amanecida de fulgores llena y eternidad preñada.

Juan TORRES GRUESO



poemas

RESPLANDOR PARA UN SALMO

iA

*ver si no es ceniza el resplandor.
Si pueden las palomas sostenerse
y apenas pesa el aire entre las manos!*

*Encendamos estrellas. En los ojos
nos crezca un redondel de rosaledas
y un pájaro madruque más la música.*

*Nadie suicide el viento de las torres.
El corazón del árbol sea ya unánime
como si repicaran las campanas.*

*Como si el sol alzase los montículos
sobre su fuego, y fuésemos ardiendo
en medio de la noche su sequía.*

*A ver si resucitan los jardines
y obtiene el cosmos toda su conducta
o tiembla el arcoiris en los labios.*

*Un beso es como un río, se derraman
sus fuentes por el cauce de la dicha.
Más que mil arcaduces vale un hombre.*

*Pero los arcaduces y sus horas
consiguen que los hombres transparenten
esta noria de Dios que nos navega.*

*Si se quiebra el verano o se hace añicos
la paz entre los dedos, no se vé
la luz entre la yerba conduciéndonos.*

*Un pájaro, una flor, un vaso limpio
de ternura o de huertos son señales.
¡No llegaremos nunca si nos faltan!*

*Si alguien destroza el agua, se le rompan
su cantar y su cántaro, y se quede
con la sed desahuciada a la deriva.*

*Por el aire va Dios, y yo ahora mismo
lo estoy viendo colgar el resplandor
por si acaso podemos encontrarnos.*

Valentín ARTEAGA

PARA TOMÁS CASERO BECERRA

Cuando en alguno
de los bares nocturnos
a los que sueles ir,
un cuerpo joven,
adolescente,
se insinúe cálido,
ardiente,
prometedor...
cuando te ofrezca
su tentadora belleza
de arcángel-apolo
coronado de laurel,
de efebo asaeteado
en su desnudez cómplice,
no renuncies nunca,
amigo mío,
pero no mendigues el amor,
no aceptes dádivas
ni limosnas de amor...
del amor que tú le regalas
tan generosamente.

Joaquín BROTONS

A Valentín Arteaga, en su homenaje, desde esa
hora triste en que Ella, la Poesía, nos abandona.

"Pero no existe nada más que el poeta ardiendo"

(V. Arteaga)

Se ha parado la vida
como cesa el dolor, sin cumplimiento.
¿A quién le pediríamos
noticias de la sed o de las rosas?
Sin agua y sin aristas, en un lecho
ni arena ni sagrado,
ni ácido ni verde, sino insomne.
Insomne, ciegamente
en su quietud varada.
se diría
la soledad de un tábano
ceñido por el mar.
No hay savia entre los dientes
ni el vapor de las vísceras,
violento, los espejos empaña.
¿Por dónde buscaremos
memoria de la luz, del delicado filo
donde guarda la gloria su belleza?
Inútil dormición
la del ánimo mansa que se ovilla
y se tiende y se pierde y ya no sabe
-ningún chorro de lluvias ni de flores-
desangrarse o abrir
a la embestida viva del cuchillo.

Juana CASTRO

ROSALES DE BAGNACABALLO

Si los dioses me dieran a escoger
entre morir y no dejar constancia
de la belleza de estas rosas,
siempre me quedaría con la muerte
--pues sé que ellas me harían florecer
en sus colores cada primavera
para vengar la envidia que sintieron,
cuando las contemplé, los inmortales.

Ángel CRESPO

FRENTE AL MAR

Sé que aún te queda mar dentro de los ojos para esperarme y que tu nombre queda ancho en el silencio que mi arena casi pronuncia. Espera que cuente las olas lentamente para animar tu estatura de aire, y el sol se ponga de rodillas por tu agua primera, abra yo entonces el horizonte, te ofrezca la cúpula del misterio sombreándome el cuerpo, la rambla del corazón abierta por tu paso, yo, un rompeolas de geranios en mi boca tuviera y amasara tu palabra, escogiera un paisaje en el cielo que ilumine la canción, una barca y Venecia que confunde las lindes del mar delante de mis ojos, y equivoco la esfera de la vida otra vez, y tú me miras colgando un patio de cerezas en mis manos. Mis sueños se acostumbran al paisaje triste de tu espalda y quema tu rostro despierto cual si fuera un sol besando de puntillas tus años de almanaque distraído. No sepas nunca más del asfalto, pues, ya te ha bendecido, ocupas el primer lugar en la playa de mi nombre. Tú esperas el amor. Estoy a solas con tu voz y visto de gala los espejos cristalinos del sol por mis manos o asciendo los puentes exactos de la esperanza para verte. Ah, el corazón no quiere su fruto, ya rebela la historia de la tierra y el mar, el cuento de vivirte fuera del pensamiento. Es pecado ya echarme a volar por tu cuerpo y responder a tanta hermosura ceceante. Necesito un lazarillo para recorrerte, adiestro el agua, la quiero bajar por mi cuello, que resbale la estrecha llama de mis pies y quede sin sostenerme el mar y abra Venecia su muerte para acogerme y besarme muy despacio.

Narcisa ESPINOSA

CARTA DE TERESA

astilla en Malagón se hace memoria
de arcana Sefarad en renacida
silueta de rebaños de aceituna
por las crines bermejas de los pámpanos
y del trigo que agosta sobre el torso
impúber del Bañuelo vespertino.

Aquí las desazones no me aturden
el astil de la pluma, y Dios amaina
la sed del corazón y los adarves
vigila de mis sotos. Mi Morada
no he de cerrar aquí con seis candados
ni está mi arrobamiento compungido,
que no logra Satán turbar la holgura
de comunión con El, mi Amado Dueño,
ni puede la flaqueza contra el gozo
de ser bálsamo y miel para sus llagas.

*Castilla en Malagón, joyel de luna
en la siesta labriega del cantueso,
aquí mi soledumbre se deslía
en fiel recogimiento y hermanada
unión con el Esposo, y me renacen
las ansias de vivir, por más terrena,
más cerca del Amado y de su aljibe.*

*Estoy erquida en fe, junto a la trocha
que conduce entre breñas al Castillo
del éxtasis con El. Y tengo el alma
diligente a la entrega y en solaces,
y Dios hiere de luz todas las simas
y colma de su hechura mi aposento.*

*Los apeldes de estío resucitan
Guadianas de pasión sobre mis manos
y soy, por ser de Dios, pan en la mesa,
una mujer de carne, enamorada.*

Antonio GONZALEZ-GUERRERO



ESCALA DE HUMO

Aquí todo es silencio todavía,
aquí mi nave se fue a pique:
mi corazón mojado ya no tiene
el rojo rojo de sus días buenos.
Pero soñar me alegra, y el silencio
me lleva a ese lugar cas sin nombre
donde sólo pisamos los poetas,
donde un verso tras otro nos sitúa
entre la zarzamora y el naranjo,
donde lo pena es pena sólo a veces,
porque nos vale el juego de palabras
para hacer olimpiada de un suspiro.

Yo quisiera tener, como el abuelo,
la esperanza sembrada en el Camino
de Santiago, en la Osa Mayor
las ilusiones y en la Estrella Polar
las amargas.

Pero es que no es así.

Yo soy capaz de hacer un atrio
de un corral, y un salón de conciertos
de una sala pequeña y sin acústica.
(De algo me ha de valer esta manía
de afeitarme con plumas de vencejo.)
Yo puedo asegurar que le doy rienda
suelta a mi cabeza, que sumo y multiplico
el corazón y el nervio, y que adivino
los vuelos del murciélago y el águila,
que cojo barro y que construyo
catedrales con órganos de viento,
que hago lumbre en el rabo de un lagarto
y que me atuso el pelo con un cable.

Yo quisiera que no fuera el otoño
tan amigo de echar hojas a tierra,
que brotaran espumas en los trigos
y no tuviera el mar tanta soberbia.

*Pero tampoco aquí puedo hacer nada.
Aunque inventar se puede -¿quién lo duda?-
corazones de estopa y margaritas;
lo que ocurre es que no resulta siempre
y a veces hasta duele la cabeza.*

*Aquí el cuadro termina, aquí se ha puesto
el sol y nada puedo hacer.*

*La vida
tiene su punto en serio y su punto
en broma. Y no sé si éste es que es muy serio
y lo he tomado en broma por lo mismo.*

*Casi siempre es mejor poder llegar
a esa raya que pisan los poetas
solamente, y sentarse, olvidarse
de que uno se descuelga cada noche
por una escala de humo, donde el viento
suele ser un amigo con espada.*

Nicolás DEL HIERRO

TE ENCONTRE EN LA FRONTERA DE MIS VERSOS

A Valentín Arteaga

Te encontré en la frontera de mis versos,
en la senda que va de tu vergel a
mi desierto poblado de presencias,
donde faltabas tú.
Y me acerqué a tus pies,
caminante de todos los caminos
que conducen al hombre.
Tímida te ofrecí mi pomo de perfumes
y me quedé esperando tu respuesta.
En tus manos la dádiva
temblaba como un pájaro.
Después, tus propias manos fueron para ella nido.
Y aún fuiste más allá:
me ofrendaste tus versos, tu amistad y tu fe.

Hoy mi desierto exulta desbordante
de tu presencia.

María Pilar DE IBARRA

ASCENSION POR LOS RIOS DE LA MEMORIA

Subo a la tarde ahora lentamente
con los ríos a cuestras, con la sed
del corazón a cuestras, aguas, calles
de la memoria, al río; vengo, paso
bajo sus puentes leves, sus orillas...,
y el pan abre sus puertas, se nos pone
como un potro de luz despatarrado,
igual que una mujer; lo mismo, sí,
que un pórtico ojival; miro a los fieles,
los árboles, la altura del poniente
y rezo, escribo dulces y escogidas
palabras; subo al monte, monto guardia
y son muchos los ríos, voy logrando
ascender a aquel niño, te quedaste
sin más altas sonrisas ni más señas;
vuelvo a buscar ahora manantiales:
todo se está acabando, tomo un poco
de respiro en tu boca, beso a beso,
y me encuentro de pronto en esta esquina
con otro río, amor, con otro río,
el Ebro bautizándome; te observo
los ojos inundados, esta plaza
no cabría en tu frente, en tu flequillo
de colegiala núbil; son tus manos
afluentes en las mías, niña exacta
como las golondrinas de tus ojos.

*E*l Bidasoa cruza entre tus senos,
y madre está de pié, vamos andando
al morir que es el mar; llega un perfume
de Son Spanjolet o aquella playa
de Ses Covetes, hija, hermana mía,
de par en par te abre la conducta.
Nos vamos todos yendo hacia el crepúsculo
con los libros cogidos bajo el brazo,
los ríos en sus páginas, el sol
subrayando una frase, aquella plaza
de Berceo, te acuerdas, los dos íbamos
a admirar cómo el vino, cómo el carro
de la vendimia estaba ante tu pórtico
en Suso, niñamor. Cada vez más,
os quedáis cada una en el andén
de la nostalgia; subo al Campidoglio
rezo en la judería de mi pueblo
como un rabbi, pequeña, esposa mía
que no puedo en Toledo acompañarte
a este lado del río, o la fragancia
de tus pechos de quila estremecida
de pronto se me rompe como un vaso
de mirra en este bar de Valdepeñas.

Asciendo por los ríos a encontrarte
virgen como la miés, y sabe a lenta
memoria que se empoza en el crepúsculo
tu mirada de cierva concebida,
muchachita de Cou, vendimiadora
del otoño ahora agraz que te propongo.
Las azoteas todas me conducen
a reirme del santo y de la fiesta,
madre, madre; me llaman, oigo voces
en el Sancta Sanctorum de tus ojos
mientras el Miño cierra los postigos
del corazón, muchacha; apoyo el alma
en tu columna, amor; no queda llanto
para encender las velas del altar.

Cayetano IRANZU

"Y supe que en las campanas se encontraba Orfeo,
y pensé: esta tierra es demasiado vieja."

(José Carlón)

La esperanza es como un sol caducifolio
que hiberna fácil
sobre el corazón de un fresno:
tiembla en sus ramas
la acidez de un beso ingravido,
junto a su cáliz
brotan tallos de inocencia.

Apenas silba alguna estrella en el abrazo
que da el invierno
a la viudez del humo dúctil.
Húmedos labios de caolín
saben del hombre
que, ausente, flota
en las campanas del instante.

Hay un aliso
abandonado en los pretiles
que yacen mudos junto al río. La zaranda
del pensamiento
aún se aventaja con la luz
que urde la infancia en la vainilla de los bosques.

Alejandro LOPEZ ANDRADA

REINCIDENCIAS

Es el tiempo un caimán
que ladra y llora,
perro mastín o tigre de la estepa
que habita y equivoca los relojes.

Pasa el tigre su garra;
pasa el tiempo
su lobo de caimanes escondidos;
llega con su lujuria el mastín este
que tengo en los cuarteles del escudo,
y el tiempo-caimán sigue, tercaamente,
llorando y conspirando;
repitiendo,
una vez y otra vez, los mismos llantos
para volver a izar iguales garras,
iguales lobos, tigres, terraplenes...
Y a volver a llorar los mismos débiles
gritos, desde su barro acostumbrado
al deseo, que hiere, o su derrota.
Topar contra el refrán perpetuo de la piedra.
Seguir de fabricante de cobras y metáforas.
Saber que en la porctátil lengua del dinosaurio
seguirán suspensivas las etcéteras;
los tiempos que transcurren sobre el bies de los párpados
equivocando siempre los relojes del miedo y la esperanza.
Quedarse repitiendo siempre el mismo discurso,
por si una flor llegase regalando su aroma.
Su espada temporera con su almendra de abejas
pendientes cual un péndulo,
sobre nuestro cerebro.
Sobre nuestro caimán o marcapasos
paradógico:
el tiempo no se mueve.
El tiempo espera devorar tu estatua.
Eres tú el tiempo; eres tu estatura.
El caimán eres tú, y tu deseo;
tu derrota y tu triunfo.
Tú, que reincides, cada vez más torpe,
atrapado en el tiempo.
En el caimán que habitas navegando tu sangre.

Antonio MATEA

LA MUERTE DE LOS BESOS

Todas las noches te descubres
y te reclinas en el espejo del alma.
Te desnudas el desencanto y la paciencia,
te escribes despacio el insomnio,
lo deshojas,
lo cuentas en tu almohada de dudas...
Rezas.

Sabes que han dejado de inventarte,
que eres una decepción vacía,
un gesto mítico gritando desnudeces,
un deseo que se esconde
en el cofre lascivo de las sombras.

Sabes que no tienen mañanas
tus pechos flácidos.
Está fría la cama.
Se hermanan las carnes y tus besos
-tantos besos aún acunados en los pliegues de la boca-
reclaman otra boca que te mate la hiel
y las heridas.
Y te asome a las risas
y te regale en sus ojos
el alba.

*Pero Adán ya no te respira cerca.
Hueles a madre, a hermana.
A amiga tal vez,
¿a mujer?, quien se acuerda de tu fiesta.
No eres carne ni tersura
sino tiempo acomodado en la alcoba,
un vestido de sueños acostumbrados,
quizá, un rosario cansino
en los huesos herméticos de las sábanas.*

*Pobre fiesta ungida de arrugas.
Apaga las velas de tu pureza, mujer,
y abrázate, despierta.*

*Despierta a aquellos dedos calientes
que te cobijen las ansias
y pídele, suplicale al Amor
con tu voz de milagro;
que te anide en los muslos
y allí recogido
-en el cenit fulgurante de la comunión-
te abraza el dolor y se pierda.*

*Pero los años, ladrones años,
te siguen buscando el último rincón
camuflado entre tus pechos
como un tatuaje de temor sobre el aire
tan sufriendo,
que le preguntas a Dios
¿Hasta cuando se morirán los besos?*

Araceli OLMEDO

MUJER QUE FUISTE AVE

MUJER,

*si te dijera qué legado de tristeza,
qué delirio, qué linaje de rabia. Mujer,
qué falsa la primavera, y que tiempo de candiles,
qué estúpida esta estirpe. Si supieras
que nada te requiere, que nadie muerde ya en tu hambre.
Mujer, mujer de música,*

*mujer ya muerta,
si supieras del verde líquen que ya no eres,
del sajado litoral que nunca viste, si supieras
qué triste el palpitar de la palabra pájaro. Mujer,
si te dijera que estoy ciego de alambra en la mirada,
que me duele un trozo de septiembre, que estoy cansado
de recoger rastrojo en las palabras. Mujer,
si te dijera que el invierno ya me sabe a vino rancio,
si supieras qué dolor de otoño en las entrañas,
y qué triste octubre con el don del abandono.*

Enrique PELLICER

ESTAS MANOS

Estas manos que han abierto túneles
en la vida
ya que han dado dolencia a las pirámides del recuerdo
son triste verdad
esta que pronuncian un paraíso contagiado de sangre
porque sueñan su álgido calor de rebeldía
son mi frente
mi sudor lacrado de alondras
para que este vuelo de angustias enllagadas
busquen la palabra justa sobre el amor

Estas manos muerte tronchadas en jardines
surcando lentamente una esperanza
son el álito que muerde al Sur
para abrazar abrazar y decir simplemente "levántate"
y de las entrañas siempre desnudas
fundir la sencillez con la ilusión

José REPISO MOYANO

LA MUERTE DE AURALBA

Otra vez Auralba
una túnica de coronas negras
otra vez entre las uves
los muros y las hojas dormidas
Es Auralba gritando en el silencio
pisando los pasillos
deslizándose en mi boca
entregándose

Es Auralba Alba
adormidera girando por mi cuello

A punto de caer a mis pies
y la noche que florece lentamente
se acerca
levantando un polvo estelar
colgada en un carro de lunas

Un abrazo mortal
donde Alba y Noche se confunden
y puedo sentir el temor de Auralba
y saborear sus gemidos
y esconderme en las heridas de su cuerpo

Ada SORIANO

ORGULLO ES VERDADERO

Al poeta Valentín Arteaga, con motivo
de su homenaje del 20-VI-87, en Tomelloso.



evántase la noche y sube hasta los astros el deseo, se pierde y lejos se confunde. Bórrase la luz, es un punto el asiento, un instante geográfico que inicia la huída hacia la desconocido y baja en vuelo el ansia de triunfar, de ser de algún modo príncipe existente, árbitro imperante. Si mío es cuanto veo, dueño soy lúdico y terrestre. Allí penetro con la luz, aquello es mi dominio. Y mío, el bosque que contemplo. Con el tiempo dialogo, con la fuerza telúrica; su cólera es la mía. Mis venas y los ríos han un mismo recorrido. Y lo que es azul, pasión se torna contenida y a la granada emula con su lágrima ardiente. ¡Rey desde un balcón, hecho libre en la noche, un vasto territorio y un reino sin fronteras, más allá del crepúsculo, más allá de las nubes! Orgullo es verdadero, orgullo es de este hombre tener desde una silla en las manos un reino que llega a poseerse con una vara mágica.

Francisco TOLEDANO

AL CARDO

SOBRE tu flor abierta en varillaje
el aguijón le tiembla a las abejas.
Si insultan a tu nombre, no te quejas.
Y no lloras se escupen en tu traje.

No te duele el olvido ni el ultraje.
No pasas al festín no a las bandejas.
Nadie te cubre con amantes tejas.
No hay quien te anime ni quien te agasaje.

Sobre ti el bastonazo más sangriento.
La herradura. El orín. La dentellada.
El desprecio es tan sólo tu alimento.

Más te acaricia el corazón sediento
y altivo en la llanura calcinada,
el Sol, el absoluto firmamento.

Sagrario TORRES

INVOCACION

(Premio Vicente Aleixandre 1987)

Penetró en ella el sol y se engendró la nube la que sin alas vuela
y sin mano acaricia.
Penetró en ella el viento y se engendró la honda la que sin pies
(camina
y sin canción acuna.
Penetró en ella Dios y se engendró la vida la que saltó a los seres
y los llenó de gracia.
Pero sólo los hombres devoraron sus senos.

Ven espiral gozosa ven distinta y perpleja a renacer delirios
y a hilar otros colores en tus ruelas de plata.
Los de antes ya no sirven.
Ven a dar nuevos giros al coro sostenido de tu canción onírica
y embriaguen otras lenguas el bálsamo finísimo de tu licor de rosas.
Estas ya no las quieren.

Fecundidad absorta en rutas y metáforas regresa a tus comienzos
y en alas de esa música que invicta te sostiene
dónale a nuestra prisa potestad de regreso
porque la frente justa se manchó de silencio.
Vuelve y alza del fondo tu antiguo poderío
vuelve y levanta el cieno
y tritura masacra la semilla maldita que se pudre en su gloria.
Ha llegado la hora de la respuesta al caos. Ha llegado el relajo.
Termine tu indulgencia y alcen tus potestades el granito y la roca
para que se levante la montaña sagrada que llegue hasta los cielos
y que desaparezca la raza que aniquila la mente que destruye.
Deshazte del mendigo que te mordió las manos
y despreció tus dones

que silenció tu cántico
y desterró tus naves.
Ven esquivada divina fervorosa irrisada tú la única posible
para la sed del cosmos.
Ven doncella inasible vuelve engañosa adúltera guerrera y poderosa
escamada de perlas derramada en brillantes.
Ven avara y violenta.
Ven cruel y salvaje.
Ven ley sin ley camino siempre indisciplinado que no ha llegado nunca
y alcanza puntualmente aquel infecto centro de esta babel de sangre
y castiga aniquila tritura y purifica.
Vuelve espiral de furia a renacer diluvios
retornando a los seres a su inoible espacio
y ahoga sus raíces.

Pero salva sus brotes sus pequeños cachorros sin nombre todavía.
Para que en las cenizas renazca el ave fénix
de otro nuevo equilibrio de otro sistema nuevo de gracia redimida.
Presérvalas la frente.
Que sean los delfines sus únicos maestros sus únicos amigos.

Josefina VERDE



FILIPPO BRUNELLESCHI (1377-1446)

Filippo Brunelleschi sueña
con la gloria de Firenze.
¿Verá un día
alzarse su cúpula
sobre la ciudad asombrada
de su vasta figura
de pizarra?
¿Logrará una construcción
del espíritu
burlar a las fuerzas
de la naturaleza?
¿Podrá la obra de una vida
vencer a la muerte?
Filippo Brunelleschi sueña
con la gloria de Firenze
que es la suya.

Carlos VITALE

Atrapado en las mallas del letargo
sueñas ser un fugitivo
que renuncia a la esperanza
degollada en el alfeizar de la tarde
Agonizas
El yugo del viento te somete
en la vorágine del instante
en que la noche rompe la placenta
y eclipsa a los gigantes alquimistas
Cautivo a orillas de la luz
junto a los pozos secos
adormeces la necesidad sin nombre
complice del agua de ese cielo
enfoscado de una sangría brutal

Un grito de desierto
allí donde todo se confunde
y se desploma
La inmensa red de arbustos
no atrapará los últimos relumbres.

José Luis ZERON



Vasar
y
empetro
de jaraiZ

En el hermoso y alucinado prólogo de "Biografía. Poesía Completa (1958-1984)" del escritor de Tomelloso, Félix Grande, leemos: "Ha escrito Luis Rosales que, "el lenguaje, como las emociones, nace una fuente remota del sentir colectivo". Ejercer el poema -y da igual que se ejerza leyéndolo o creándolo- es, pues, también, una forma de estar arrebuñado en nuestra especie, desde el instante misterioso en que la tribu se articulaba alrededor del habla y hasta el instante apocalíptico en que la tribu entera sea víctima de una pavorosa mudéz". En el "Vasar y Empotro de Jaraíz", alacena de nuestros cantos y desencantos, alambor de nuestras desesperanzas y nuestro resplandores para el éxtasis, anhelamos, con terqueza inevitable aún, que el Apocalipsis nos sea revelación permanente y total palabra desvestida.



abría que preguntarse, lo primero de todo, sobre la utilidad de la poesía. En estos tiempos de pragmatismo abusivo, como los que vivimos; y de indigencias desesperantes como las que estamos, cada día más, sufriendo, dijérase que la poesía no tiene ninguna utilidad; y, sin embargo, sin poesía no podríamos aguantar un minuto más sobre la tierra; ni sobre el mar. Careceríamos de "Patente de corso" para sobre vivir, para agarrarnos a la esperanza.

Pese a su evidente falta de rentabilidad contante y sonante, necesitamos de la poesía para acceder al conocimiento. Ese profundo y anhelante misterio que se esconde en los mares tan hondos del interior del hombre, se abre únicamente a la mirada poética. La poesía, cuando es verdadera, no infecundo y hasta blasfemo tenturreo de palabras exteriores, es una manera de lucidez, un atisbo de distancias y horizontes que, sin él, permanecerían inexorablemente sin vislumbrar ni conocer. La poesía constituye uno de los modos más reveladores del conocimiento humano. Mucha gente cree todavía, por culpa de horrorosos versificadores y rípiadores de turno, de pésimos libros escritos, que la poesía es únicamente un cursi anecdótico de sensiblería, o suspiritos lánguidos a la luna para cuando el entretenimiento del personal no da para más importantes y urgentes menesteres.

Todo lo contrario, y el libro que hoy tenemos en las manos lo muestra y lo demuestra, la poesía genuina y de ley es siempre subversiva. No se puede medir la dosis y la carga tremenda de revolución auténtica que pasa de contrabando entre los pliegues de las sílabas de un verso que esté preñado de verdadera poesía. Por eso las ideologías de cualquier signo han querido a lo largo de todos los regímenes silenciar a los poetas. Un nuevo y escalofriante neofariseísmo de izquierdas, también ahora como en cualquier otro tiempo, está a punto de dejarnos sin lugar para lo subversivo. Los poderosos y los subversivos no han salido a pasear nunca de bracete. Y la poesía, atención, amigos, apuesta constantemente por la diferencia y la desinstalación. He aquí una clave para, como en el evangelio, distinguir a los falsos de los verdaderos poetas, de los profetas verdaderos: Por sus frutos de rebeldía cordial, por su fecundidad apostólica. Porque la poesía está llamada desde sus orígenes a ser portadora de buenas nuevas. No hay nueva más feliz que aquella que concede a los hombres la posibilidad de advertir quiénes y cómo pretenden engañarlos para que no crezcan por dentro. De ahí, también, la inmisericorde soledad de los poetas. Su hermosísima y noble disidencia.

Los poetas, cada día más, en ésta hora y en este mapa apocalípticos en que se nos está arrinconando a casi todos, van yéndose a su propia soledad. En ella, alérgicos soberanamente a la manipulación y al fraude de los reclamos externos, ahondan en su disidencia. Y gracias a ella se mantienen vivos como hombres.

Domingo F. Failde, ya iba siendo el momento de hablar del autor de "Patente de corso", el título ya es una opción fundamental, pertenece a esos pocos seres clarividentes de la tribu que aguantan la inclemencia de haberse decidido a residir fuera del poblado, de ser un foragido. He aquí una segunda clave para conocer a los poetas de los que no lo son: que están fuera del "egido". Los auténticos poetas, los que están en contra de cualquier forma de neofariseísmo, no tienen sitio en el campo común lindante con el poblado. Recordemos aquí a Platón echando de su república a los poetas. Los poetas, en todas las épocas, se han visto siempre obligados a buscarse otros refugios para poder ejercer ese oficio que nunca ha tenido, es verdad, mucha clientela.

Los poetas, ahora como siempre, se están quedando sin clientela. Sólo se conocen y sólo se tratan entre ellos.

"Un mito es una antorcha" dice el autor del libro objeto de este comentario; y los territorios míticos del hombre los van convirtiendo los detentores de la política de un bando y de otro en supermercados y en campos de tiro.

El poema, dice Domingo F. Failde, es "el parpadeo de un ángel" y los ángeles, para la mayoría silenciosa, eso lo sabemos, son elucubraciones estériles de la metafísica y de la teología. En la época de los programadores y de las calculadoras, la teología y la metafísica son una pérdida irreparable de tiempo. Y tenemos tanta prisa ya que no venimos ni vamos a ninguna parte, perdidos entre el desencanto y el tedio.

Habría que preguntarse, lo primero de todo, otra vez, por la utilidad de la poesía. Domingo F. Failde, que se ha hecho repetidamente y en serio esta interrogación, nos dirá en "Patente de Corso" que este animal transcendente que es el hombre tiene forzosamente que recurrir a la poesía para conocerse.

"En medio del pavor, articulas el pomo
de una palabra
y nace
la tempestad radiante del poema".

Así de contundente, váya. El que quiera, en medio de la ceniza general, salir hacia la luz, tiene que echar mano de la poesía, como de un picaporte para poder ver dónde está y adónde tiene que dirigirse. Pero sucede, y nada menos cierto que lo que voy a decir a continuación, que los pequeños habitantes de este planeta asustado no hacen otra cosa ya que apresurarse a adquirir lo antes posible una cómoda póliza de seguros contra incendios. Las tempestades radiantes y poéticas no asustan mucho a los hombres.

Asistimos a la divinización del robot, a la sacralización última de la técnica. De ahí el que Domingo F. Failde, solitario y solidario aún, nos proponga: "Preciso es regresar"; aunque enseguida se pregunte: "Adónde, adónde", porque sabe de "la insondable corteza de las cosas", pero también que "solamente su música preexiste" y que "sigue su curso el agua/ por entre los contornos/ que la conciencia ignora".

La vida, efectivamente, no es sólo lo conciente, lo que el pensamiento cuadriculado y lógico nos coloca delante. Existen otras vías de conocimiento, otros escalones distintos para ascender por ellos hasta el regreso, hasta lo original. Domingo F. Failde, que llega a este libro último suyo, después de muchas luchas y no pocas esperanzas, que ama la vida, pese a todo y contra todo, no tiene reparo alguno en confesarnos que "solo la poesía tiene patente de corso para abordar las cosas y poder apresarles su canción y su silencio"; o, parafraseando a Guillermo Carnero, que él cita en la primera página del libro, sólo el poema y el amor pueden darnos la razón de estar vivos.

Domingo F. Failde, desde la soledad de sus dudas y desde la intemperie de su disidencia, nos grita que el misterio y la incognita del existir humanos se despejan echando mano de la mano de la poesía. Esta afirmación está iluminando y vibrando todas y cada una de las páginas del libro objeto de estos comentarios; y es, a la vez, la "Patente de corso" para que pueda el lector o el oyente adentrarse en los mares de la lírica y la poética faildeanas. "Patente de Corso" es un libro de poesía y sobre poesía. Sobre poesía, hoy. Cuando está tocando o casi el hombre de ahora mismo el techo de la desesperanza. Cuando se le está taponando el boquete del resplandor. Cuando parece que nada y nadie podría ya salvarnos. Es en este punto cuando hay que hablar de la necesaria inutilidad de la poesía. De la carga de transformación existencial que lleva dentro. La revolución que conlleva la poesía, como la religión, no es una ideología contra otra ideología. Sino un mentis a los mesianismos falsos, se presenten como se presenten.

Para Domingo F. Failde la poesía, insistamos, es todo lo contrario de un entretenimiento cortesano o un "dilettantismo" evasivo, una especie de juego de abalorios, sino una toma de conciencia, un compromiso, la única forma que le queda al hombre puro de bucear en los mares secretos de la conciencia, ya que, según nos dice:

"...todo está allí. Y emiten sus señales
imperceptibles sombras, cuanto existe
y absorto se propone a la mirada
capaz, al corazón, a la vehemencia
del conocer".

Cuando somos los hombres, en frase del autor de este libro, "extranjeros sin billete de vuelta", y, desolado, el corazón pregunta a quien amó un día: "dime en qué cementerio debo buscar tus manos"; y parece que hace falta "retroceder al llanto de las cosas"; y sufre "este/ dolor de descubrir lo que aflora en el fondo/ de la palabra", el poeta nos dice y se dice que únicamente nos queda un último barco para echarnos al porvenir: el de la poesía.

Y lo más interesante es que Domingo F. Failde no nos explica esto con un discurso lógico, elucubrando teorías, proponiéndonos un ensayo ideológico. Es una tercera clave para diferenciar la poesía verdadera de la que no lo es. El ripiador, el falso poeta, el coleccionador de palabras desheredadas de fortuna lírica nos echaría un sermón o un mitin. El verdadero anuncia y proclama; y de esta manera experimentamos vivencialmente que la poesía, sólo ella, se empeña quien se empeña en las aduanas de los puertos, los que querrían decidir, desde el poder y el autoritarismo, ponerle verjas al mar, teiene "Patente de Corso" para aprehender el más allá de la melancolía del hombre. Los verdaderos poetas ponen el dedo en la llaga y se ocupan y preocupan

de cuestiones esenciales. Por eso no interesan, o no interesa que interesen, para que, mientras se les silencia, se entretenga el vecindario en rumiando alimentos terrestres.

El hambre de transcendencia es una dimensión inevitable de la auténtica poesía. Si "Patente de Corso" es un poemario auténtico, se debe en gran medida a su tremendo hambrear más vida. Los barcos de sus palabras van por el mar de la poesía buscando más mar. Por eso mismo, proclamará en uno de sus versos rotundos: "En la caverna de la memoria se oculta el mar". Fanny Rubio, prologando el libro, no dice poco más o menos, que reconstruir la memoria es aplazar la muerte. Creo que hay pocos poetas tan perseguidos por el conjuro y el atractivo de la muerte como Domingo F. Failde. "Patente de Corso" pretende ser algo así como el clavo ardiendo al que se agarran las manos del poeta para no morir. ¿Cómo quiere lograrlo? ¿Cómo cree él que lo puede conseguir? Reinventando lo sucedido, valiéndose de la memoria. La memoria es para Domingo F. Failde como el ancla necesaria para recalcar en la orilla de este conmovido y conmovedor misterio de ser hombre. Detengámonos en los versos siguientes:

"Solo así percibimos. Veneramos. O acaso,
quebrada claridad de los torrentes,
una llama nos guía
y estallan los crepúsculos
en las últimas sombras
que instala la memoria".

La poesía, como la fe, vive de dudas. El hombre es un ser permanentemente interpelado por la existencia. Más, si ese hombre está tocado por el halo poético, entonces las interrogaciones se hacen más obsesivas y crucificantes, y pone en tela de juicio todas las seguridades. De ahí, repito, la peligrosidad de la poesía porque argumenta con el corazón. Si la poesía fuese únicamente cerebral no constituiría nunca un delito ser poeta. Ahora bien, cuando se manifiesta, como hace Domingo F. Failde, que hay "oscuras razones que escruta el corazón" entonces todo puede comenzar a ser diferente y peligroso para quienes quisieran navegar por un mar sin sobresaltos, quiero decir por un mundo de prosa en el que todo está reglado y calculado, o el que los guardacostas son absolutamente infalibles y dictadores.

"Patente de Corso" es un libro que yo definiría tajantemente como un clarinazo de alerta, un SOS general. Desde el palo mayor de su barco el siglo XX está gritando auxilio para que queramos todos cuanto antes "reinventar el polvo celeste de la nada./ Subir por su vacío hasta encontrar la voz". "Patente de Corso" vocifera la desolada tristeza de vivir como se vive ahora mismo. Su autor se dice y le dice al que se detenga a escucharlo: "Has tenido tu premio: llegar hasta la orilla/ del llanto". Y acaso lo más horroroso no sea esto, acceder, después de travesías y de navegaciones a lo largo y a lo ancho del amor, al don de lágrimas, sino ese temor a la vista de que, luego, cuando se arribe a puerto, tener que advertir que incluso "el mar/ habrá borrado entonces/ las huellas del poema".

Domingo F. Failde nos advierte de que si llegara una hora en que nos quedásemos sin poesía habría terminado todo. Esta es a idea emocionada y central de su libro. Este es su mensaje. Esta es su tristeza. Este su angustiado y angustiado aviso. Por eso y

para eso ha escrito "Patente de Corso". Por eso y para eso vive Domingo F. Failde, una de las voces líricas más clarividentes y lúcidas de las últimas décadas españolas.

Mientras, desde el muelle de mi admiración por la persona y la obra de Domingo F. Failde, saludo la llegada de este último libro suyo, yo quiero paladear los versos de Guillermo Carnero grabados junto al nombre de este barco emocionante:

"Porque el amor nos salva: No haber vivido en vano.
No haber envejecido cuando la noche acaba
ida como sus músicas, darnos como el poema
la razón de estar vivos".

Valentín ARTEAGA



"LA HERIDA INACABABLE", DE ARACELI OLMEDO,
O LA VIVENCIA DEL AMOR

A mi querido amigo D. Francisco González Cerezo.



l poeta Antonio Machado definió la poesía, en un momento de su evolución literaria, como aquello que dice el alma "si es que algo dice, con voz propia, en respuesta al contacto del mundo". Imaginamos entonces la creación literaria como una respuesta al estímulo que le envían diversos agentes del mundo exterior e interior del hombre, respuesta que debe someterse a un proceso de formalización lingüística y que, sólo en ocasiones, consigue expresar aquellas becquerianas cadencias dilatadas por el viento en las sombras, ecos lejanos del gran himno que sabe el poeta. En este sentido, el libro de Araceli Olmedo, La herida incabable (Colección de poesía "Jaraíz", Tomelloso, 1985), se nos antoja un chispazo al contacto con sus vivencias del universo, afortunadamente concretadas en palabras. Y escribo afortunadamente porque la sensibilidad y la emoción son dones que el individuo parece poseer intrínsecamente, pero no a todos se nos otorgó la facultad de darles forma literaria y comunicable.

Nadie como el verdadero poeta tiene la virtud de observar con ojos prístinos y asombrados la incansable creación; para él el mundo se ofrece claro y limpio, mostrando de lejos esos signos que el poeta traduce del gran libro de la vida a su hoja de papel. Por esa función mediadora entre la gris mayoría y las cosas debemos estar agradecidos al poeta y porque al mismo tiempo, añade un ápice de belleza al vivir cotidiano. Por ello, Araceli Olmedo ostenta ya ese valor demiúrgico y, en cierto sentido, vaticinador en el que todos nos sentimos un poco representados: su voz habla por todos nosotros y en ella nos reconocemos.

Pero, ¿de dónde surge este libro? ¿Cuales son las cosas del mundo a cuyo contacto el alma del poeta se emocionó y creó un discurso literario? La temática de La herida incabable es variada, aunque nos parece que la fuente primordial está teñida de amor, de un amor que adopta tonos y matices diversos y que va desde una

sensualidad humanísima, "como los pechos crujientes de una madre parida" (p. 37), hasta esa otra preocupación sentimental por los niños pobres:

"Cuántos niños...
Ángeles de manos viejas racimos ajados
pámpanos verdes de Dios.
Puñales de lágrimas secas, mares de llanto.
Amapolas teñidas de negros crespones
campos bordados de dolor.
Campanas calladas, luto del cielo" (p. 63).

Sin duda, el tema eterno de toda la poesía, a lo largo de la historia pasada y, esperamos, también de la futura, es el Amor. Asimismo este libro se incorpora a la amplia tendencia de la poesía amorosa. Claro que, como suele decirse, el amor dichoso no tiene historia ni expresión; la persona feliz que lo consigue se instala cómodamente en esa situación y renuncia, por innecesaria, a la narración de esa vivencia. Sólo las otras formas amorosas necesitan expresarse, las más abundantes, las que suponen un desajuste entre el amador y el amado.

Algo de esto se vislumbra en el libro que nos ocupa; hay en él visiones de abatimiento y cansancio, junto con llamadas al grito:

"Pero no te calles más la herida irreconocible
y grítame el Amor aunque te duela el aire" (p. 18)

soledades, recuerdos y angustias se mezclan con una imperiosa necesidad de amor:

"Quiero reclinarme en tus labios
y rezarte los besos.
O cabalgarte la vereda de los ojos
sin herirte la lejanía
en el mantel de esta huida sin lindes" (p. 26).

...

"En el cielo de tus iris
me pierdo y me aprieto
alta de luz y Amor" (p. 47)

Quizá uno de los poemas más importantes del libro, y del que podemos pensar que es igualmente relevante en la concepción poética de la autora, puesto que sirve para dar título a la obra, sea "La herida inacabable". En él encontramos una visión sensual del amor:

"(...) las copas de mis pechos encrespan su ansiedad
por el murmullo tímido de tu epidermis" (p. 51)

....

"Siento que todo el amor se me derrama
caído de tormento en las gavillas del cielo" (p. 53)

Y en el fondo de él parece percibirse esa inadecuación entre la amante y el amado, o entre un pensamiento ardoroso y carnal y el distanciamiento rutinario ante el mismo fenómeno.

La dificultad esencial con la que se enfrenta el lector, a la hora de acercarse a La herida inacabable, es el empleo reiterado de una serie de imágenes de carácter surrealista. Como suele ocurrir en este tipo de composiciones, si bien el tono general del poema se percibe de una forma más o menos clara, el encadenamiento de sintagmas supuestamente arbitrarios dota al poema de una ambigüedad y una oscuridad considerables. Bien es cierto que muchas secuencias resultan artísticamente conseguidas:

"Cipreses de un paseo dormido en negro
donde los muertos crecen,
donde recuerdo y olvido se adulan,
se alejan,
se unen..." (p. 27)

o que determinadas metáforas son hallazgos originales:

"Soy un sueño con ataúdes polvorientos de siglos" (p.35);

pero la elusión asidua de la mención directa lleva, en ocasiones, a una monotonía o a un ejercicio mental en el que el lector puede encontrarse perdido. Por otra parte, echamos de menos algunos paradigmas culturales que ayuden a centrar la creación literaria de Araceli Olmedo: salvo las disímiles citas de Pedro Salinas, Antonio Colinas y Juan Torres Grueso, antepuestas al texto, el libro carece de otras referencias literarias. Y este hecho, en una época en la que gran parte de la creación poética carece de ingenuidad y se encuadra voluntariamente en un sistema de referencias intertextuales (Cernuda, Carnero, Villena, etc.), se nos antoja ambicioso y juvenil.

En suma, estamos ante un libro inicial que deja ver en su autora unas cualidades excelentes para la poesía. Araceli Olmedo tiene la obligación de cultivar y prolongar esta primera entrega. Su voz debe dejarse oír de nuevo en el variado panorama de la lírica contemporánea. Le auguramos y deseamos un viaje apasionado en ese tren de los sueños.

Antonio CRUZ CASADO

SIETE LIBROS ALINEADOS EN NUESTRO VASAR

Es necesario, de vez en vez, regresar a libros que se leyeron antes. Toda nueva relectura es una nueva desvelación, otro nuevo entusiasmo. Manuel Naranjo, Angel Guinda, José Kocer, Juan José Téllez, Ana María Navales. Domingo F. Failde y Antonio Greggio, cuya obra es una obra permanentemente creciente vuelven hoy a nuestras páginas con libros de antes en los que el perfume del buen vino de sus versos no se ha evaporado.

Cayetano Iranzu

1

- LA CARCEL TEMBLOROSA, de Manuel Naranjo Martín, Cuadernos del Mar, Valencia, 1981.

Manuel Naranjo es el escalofrío luminoso, y para él, el hombre "un laberinto de veredas sin final". En ocasiones hace falta regresar a libros como éste, en el que palabras como duda, pánico,, tedio, desencanto... recorren la espina vertebral de todos y cada uno de sus versos. El hombre es descrito en este libro como el prisionero cuyo destino es la angustia suprema. Manuel Naranjo canta con un bellissimo escozor en las palabras. Juan José Téllez dijo de "La cárcel Temblorosa", poco má o menos una vez que en ella su autor ama la contemplación de un horizonte que no es suyo ni nuestro ni de nadie y que tampoco existe. Manuel Naranjo nos ha entregado ya nuevos libros después de "La Cárcel Temblorosa" como, por ejemplo, "Fábulas de entretiempo" en el que el poeta andaluz retorna al desencanto existencial. Antes nos había dado "Amanecer de estatuas derrumbadas". En toda su obra manifiesta una gran capacidad de sugestión y una decidida destreza estilística. Recomendamos releer la profunda y emocionante bibliografía de este joven exponente de la nueva sentimentalidad del Sur y cuyo estilo es un derroche de imaginería resplandeciente, una fiesta de alejandrinos y endecasílabos que conviene, y mucho, volver a celebrar.

2

- VIDA AVIDA, de Angel Guinda, Ediciones Olifante, Zaragoza, 1981.

He aquí otro libro y otro autor que requieren una permanente lectura. Angel Guinda es un maravilloso y excitante poeta maldito. Toda su escritura quema. Se diría un volcán de instintos en ignición, pura lava de despropósitos resplandecientes. Estamos, y no es exageración, ante un romanticismo perversamente inocente, una poesía provocadora y llameante. Hace años escribimos de Angel Guinda que es un autor al que hay que releer, estudiar, conocer a fondo. Hoy cumplimos con aquel antiguo e inolvidable propósito y volvemos a hallar una poética entre la inocencia meridiana y el escándalo, entre la posmodernidad y los infiernos más celestes. Su contenido es avasalladoramente antilírico, contrarromántico en cierto modo, definitivo. Luis Antonio de Villena, Arturo del Villar y Luis Cernuda apostarían por Angel Guinda con sobradísima razón. Abramos de nuevo "Vida Avida", no nos defraudará. Lo pondremos con cuidado sobre la mesita de noche y retornaremos con "avidez" a él.

3

- ANTOLOGIA BREVE, de José Kozér, Colección de Poesía "Luna Cabeza Caliente", Santo Domingo, 1981.

Los libros de poesía tienen tan escasa distribución que los comentaristas debieran a menudo proclamar a los cuatro vientos que existen. Por eso vuelvo a leer despacio, como hace tiempo lo hice, este poemario por el que parece te mira el rostro de César Vallejo, empinada su estatura, mística ya, por el gran Gabriel García Márquez. El poeta cubano-judío José Kozér nos pone delante unos versos casi visuales, de pura transparencia, en los que la anécdota se convierte de súbito en estética purísima. Este judío humoroso, pensador profundo, no desea suscitar ni la apostasía ni la devoción, pero sí, como quien no quiere la cosa, fustiga bíblicamente, profetiza, denuncia. Hay que leer a José Kozér con diminuto detenimiento y agarrarse los huesos de la resurrección por si acaso.

4

- MEDINA Y OTRAS MEMORIAS, de Juan José Téllez, Cuadernos del mar, Valencia, 1981.

Con este bellissimo libro su autor se coloca en la lista de esos poetas eminentes de la poesía española última que se deciden por el sentimiento y la sensibilidad. "Medina y otras memorias" es una declaración de amor a la Andalucía árabe, a través de cuyos versos se recupera un pasado resplandeciente del Sur. Juan José Téllez es poeta por la gracia de Alá, de las ensoñaciones, de la nostalgia más pura. Estamos ante una poesía misteriosa y sublime como una mujer velada, como un cuerpo moreno de mujer que se entrega. La mejor época de Al Andalus se recela en este libro "con sus calles de palabras, sus zocos semánticos y sus minaretes de palabras".

Otros poemarios importantes nos ha dado después, Juan José Téllez, como es el caso, valga como ejemplo, de "La ciudad sumergida", acaso más existenciales, urbanos, doloridos, autobiográficos y comprometidos, pero regresar a la lectura de "Medina y otras memorias" resulta siempre un admirable viaje. Fernando Quiñones escribirá a propósito de Téllez y de este poemario de 1981 que su autor es un revividor de la cosa andalusí, por medio de la cual sabe recuperarse a sí mismo para el pasado y transformando en presente aquellas y antiguas experiencias bellísimas. Lo auténtico siempre permanece.

5

- LOS ESPÍAS DE SISIFO, de Ana María Navales, Ediciones Hiperión, Madrid, 1981.

He aquí otro libro que hay que volver a retomar entre las manos, y que hacemos con exquisito deleite en el Taller de Poesía de "El Cardo de Bronce". Ana María Navales se nos muestra en este poemario como una diosa, una fría divinidad que posee el don infinito de saber y poder desdoblarse. Sísifo es ella misma. Pero también su biógrafo, su amante. Sólo quien posee una tan arrebatada dosis de ternura, tal libertad, tanto oficio y sensibilidad como Ana María Navales, es capaz de escribir un libro de poemas así. "Los espías de Sísifo" está escrito con una avasalladora desesperanza, que es como decir con un muy delicado amor asustadísimo. Se trata de una colección de poemas que testifican el horroroso vacío que puebla la palabra, que la desmiga de sol, que la monda como un fruto petrificado. La palabra es para Ana María Navales la piedra de Sísifo y este es el poeta. Anotémoslo.

6

- ESE MAR DE SECANO QUE OS CONTEMPLA, de Domingo F. Failde, Colección de Poesía "Jaraíz", Tomelloso, 1983.

Con este libro, que obtuvo en Campo de Criptana el Premio de Poesía "Pastora Marcela" 1982, premio que alguien calificó como el "Adonais" manchego, el Grupo Artístico y Literario "Jaraíz" inició su colección poética. Domingo F. Failde es uno de los escritores andaluces más prometedores. Ha publicado ya varios libros, pero éste es uno de aquellos que marcan huella. En él, el lírico de Linares, se nos muestra como un orfebre de la palabra, alarife mágico de palabras bellísimas y profundo inventor del lenguaje. "Ese mar de secano que os contemplo" significa y es la visión arrebatada e insólita del paisaje de Campo de Criptana a través de la retina en éxtasis de un andaluz que posee la capacidad de presentarnos la Mancha con desusado magicismo. Hay en el libro un inmenso derramamiento de imágenes y metáforas. Sus otros libros "Materia de amor", los "Cinco cantos a Himilce" y el recientemente publicado "Patente de Corso", al retornar al que ahora releemos, se nos ponen de pie ante el agradecimiento por su talante de indignación y refulgencia líricas.

7

- PRESENCE ARCHEOLOGICHE, de Antonio Greggio, Colección "Il Ventaglio" Roma, 1985.

El autor de este libro, un poeta veneciano afincado desde hace tiempo en Roma, y que se cuida a la vez de pintura y arqueología, cuya obra ha sido traducida al español y al serbo-croata, -y que sigue muy de cerca las iniciativas culturales de "El Cardo de Bronce"- no ofrece en este poemario un clima lírico y pausado impregnando el lenguaje de una alta luminosidad así como de una resplandecida emoción. No es Greggio un poeta de mesa camilla ni, tampoco, un cantor celebrativo que construyera pensamientos fríos o desmelenara el estilo. A lo largo de esta bella entrega y de su obra total, Antonio Greggio nos va dejando constancia de que la poesía, libre de todo culturalismo descriptivo, logra una síntesis espiritual entre el pasado y el presente para conceder al dramatismo de la vida una nueva pureza lírica. Afirma Antonio Greggio que "Ogni poeta é un lamento", y, en efecto, existe en su modo de poetizar una melancolía contemplativa, una gran capacidad de evocar en el presente el pasado que descodifica admirablemente el signo-piedra con el signo-palabra.

- jaraiz -



Este cuaderno de poesía y Pensamiento se edita con la ayuda económica del Área de Cultura de la Excm^a. Diputación Provincial de Ciudad Real, del Patronato de la Casa Municipal de Cultura y de la Consejería de Cultura de la Junta de comunidades de Castilla-La Mancha.

